

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris;

Año 19. — N° 392.

SUMARIO.

Desfile de la division Bazaine á su regreso de Italia delante del emperador; grabado. — La Dama de noche. — Mesina; grabado. — Inauguracion del nuevo Hotel de Villa de San Dionisio en la isla de la Reunion; grabados. — Revista de Paris. — Real Academia española. — Atentado del 7 de junio en Tolosa; grabado. — Inauguracion del capino de Cantagallo en el Brasil; grabado. — Proyecto de muelle en Argel adoptado por el gobierno; grabado. — Cuentos fantásticos. — Memorias de infancia. — La procesion de los penitentes grises en Avignon; grabado. — Expedicion franco-española de Cochinchina; grabado. — Celebracion del Korban-Keiram en Tunez; grabado. — Habitaciones modernas; grabado. — Demitacion española en Italia. — La corta de mimbres en las islas del Ródano; grabados.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

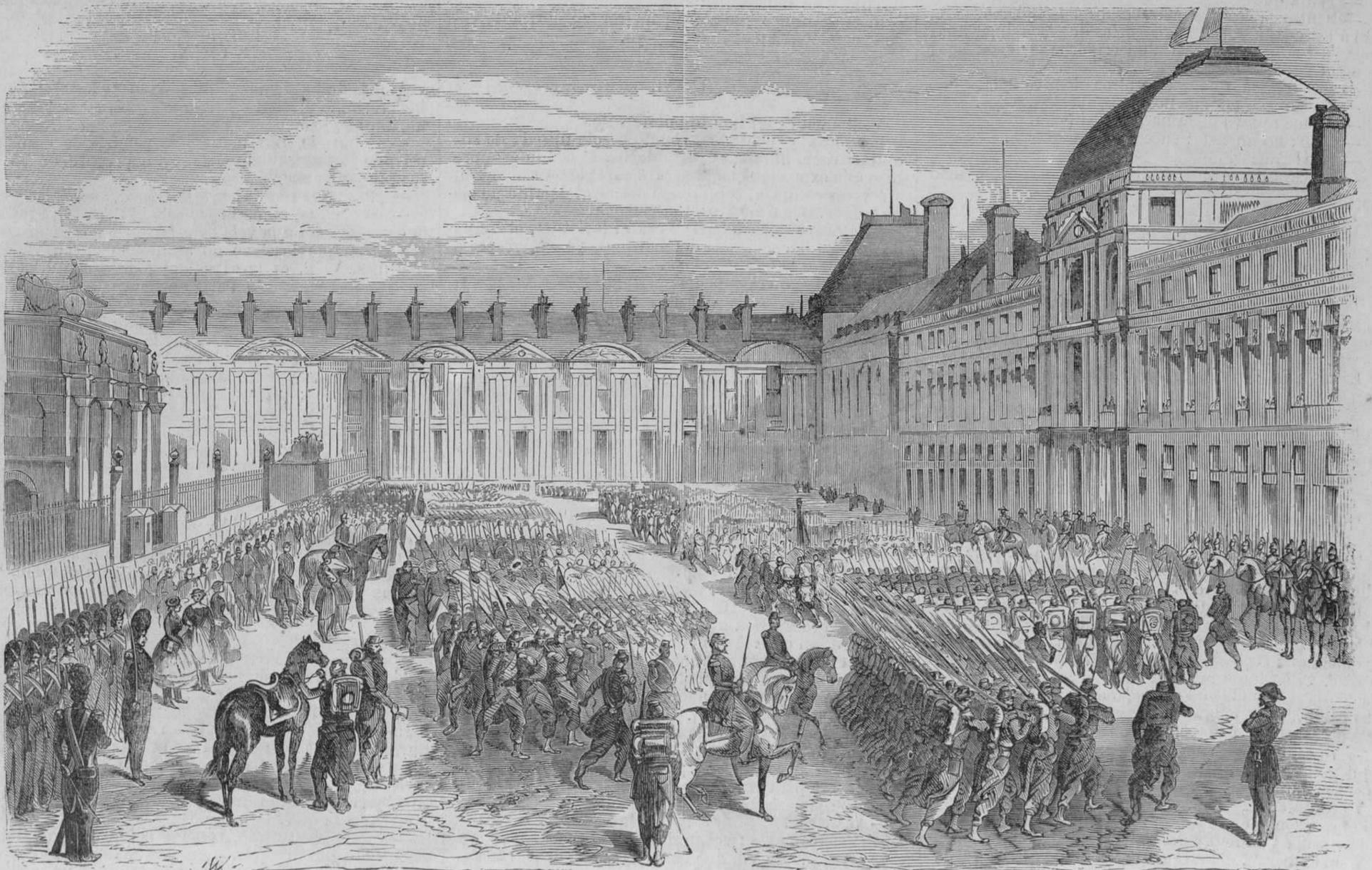
(Continuacion.)

— Sí, sí: creo que ella tampoco desea ver á Vd.
— En buen hora: así nada nos debemos: pero sepamos qué ha sucedido aquí.
— Melchor me faltó al respeto, le dije sosteniendo mi mentira: levantó su látigo sobre mí.
— ¡Oh! ¡el miserable! pues entonces bien muerto está: y tanto, que voy á dar la libertad á los que le han

matado: me costará el echar tierra á este negocio algunos miles de pesos fuertes: pero no importa: veremos cómo me agradeces lo que hago por ti.

CXIX.

El marqués nos dejó solas.
Yo no sé cómo arreglaría el negocio de Maunca; pero ni un solo hombre de justicia apareció en la hacienda.
Rosalia, libre ya, asegurada por mí su fortuna, porque yo obligué al marqués á imponer para ella una renta en el Banco de España, parecia tranquila.
Me amaba con toda su alma.
¡Pobre Rosalia!
Habia perdido completamente la esperanza.
Pero estaba resignada.



DESFILE DE LA DIVISION BAZAINE A SU REGRESO DE ITALIA, DELANTE DE S. M. EL EMPERADOR, EN EL PATIO DE TULLERIAS.

— ¿Porqué no te vuelves á tu país? la decia yo.
— ¡Ah! no: me contestaba: allí los recuerdos serian mas dolorosos para mí: y luego... yo no podria sufrir aquellas costumbres bárbaras: el marqués me ha hecho el horrible daño de ilustrarme, de cultivar mi espíritu: es necesario resignarse á la voluntad de Dios.

CXX.

Una tarde vino á mi encuentro Rosalía, agitada, anhelante, y se acercó á mí toda temblorosa.

— ¿Le he visto! ¡le he visto! exclamó.
— ¿A quién?
— A él, á Moene-Dilolo, al rey del lago, á mi Pablo, á mi esposo.

— ¿Cómo! ¿esclavo tambien?
— No, libre y magnífico como el águila cuando cruza el viento: á caballo, sobre un caballo negro como la noche: ha pasado á la carrera por el sendero de los bananos: y yo le he visto: si, era él: llevaba frac azul, pantalón blanco, bota alta, y en la cabeza un hermoso gipijapa: iba cantando un canto de guerra de nuestro país: yo le he visto, pero él no me ha visto á mí; he querido gritar, decirle: ¡para, deten tu caballo! ¡ven! ¡ven! ¡aquí está tu Itumela, tu reina! pero la voz me ha faltado, me han faltado las fuerzas, me he desvanecido, y cuando he vuelto en mí, ya mi Pablo, mi rey, mi amor, habia desaparecido.

— ¿Pero no te has engañado?
— ¡Engañarme yo! ¡confundir á otro hombre con él! ¡oh! ¡no! aunque hubiera estado durmiendo cuando él hubiera pasado, me hubiera despertado mi corazón: ¡oh! ¡sí, es él! él que sin duda viene á buscarme.
— ¡Oh! ¡pues volverá!
— ¡Y si pasa adelante! ¡y si no vuelve!
— Le encontraremos: te lo juro.

CXXI.

Sin que el marqués lo supiera envié á uno de mis negros á la ciudad para que se informase.

El negro tardó tres días: tres días que Rosalía pasó en una ansiedad horrible.

Al fin volvió el negro con noticias exactas. Se habia expedido pasaporte para París á don Pablo Moene, africano, jefe de tribu, y habia partido.
— Quiero ir á París, me dijo Rosalía.
— Iremos, la dije.
Y en aquel momento me fuí á ver al marqués.

CXXII.

Apenas me vió, antes de que yo le hablase me dijo:

— Prepara tu equipaje, Margarita.
— ¿Para qué?
— Dentro de dos días marchamos á la Habana, y de allí á Europa, á París: los negocios que me llaman, son graves, fastidiosos; tardaria en volver si te dejase aquí y no quiero dejarte sola.
— Se entiende, que con nosotros viene Rosalía.
— Tu empeño por ella nos será funesto á todos.
— No me muevo de la hacienda sin ella.
— Bien: no importa: suceda lo que quiera.
— ¡Oh! gracias.
— Prepara los equipajes: hemos de marchar pasado mañana.
Yo fuí á llevar esta buena noticia á Rosalía.

CXXIII.

Al día siguiente partimos á la ciudad.

Rosalía me acompañaba en el carruaje, y el marqués nos seguía á alguna distancia no dejándose ver de nosotros.

La vista de Rosalía le contrariaba de una manera terrible.

Además, el marqués habia contraído ya los primeros sufrimientos de la terrible locura que le aflige.

Se dejaba ver poco. Nuestros negros me decian que se le encontraba allí en lo mas intrincado del bosque junto al rio, con suma frecuencia.

Que se le oía gritar, llorar, hablar como con un fantasma.

Que cuando sentia que se acercaba alguien, huía.

Además, hacia ya tiempo habia mandado que de noche no se pusiese luz en su aposento.

El marqués permanecía en él solo y á oscuras desde el principio de la noche hasta el siguiente amanecer.

Muchas veces, y cuando estaba hablando conmigo, se detenía de repente, su mirada se extrañaba, su semblante, ya bastante pálido, se ponía lívido, murmuraba con las extremidades de los labios temblorosos algunas palabras ininteligibles, y cuando no huía durante este acceso, me decia apenas habia pasado:

— Yo estoy enfermo, gravemente enfermo: tengo aquí y aquí (y se ponía la mano sobre el pecho y sobre la cabeza) una cosa que me matará.

Yo comprendía demasiado lo que sentia el marqués en el corazón y en la cabeza.

La agonía y la fiebre del remordimiento.

Y sin embargo, el marqués se mostraba cada día y de una manera mas terrible empeñado por mí.

Yo lo temia todo, y no me atrevia á separarme de Rosalía.

De protegida mía se habia convertido en mi protectora.

Me hacia creer esto el cuidado con que el marqués evitaba su vista.

La especie de terror que causaba en él Rosalía.

Siempre que el marqués queria verme, me enviaba un negro para avisarme su venida.

Rosalía se retiraba entonces dejándome sola.

Entraba el marqués, y á su despecho miraba con un terror que no podia encubrir, á las cortinas de las puertas, como temeroso de que ocultara tras ellas, fijase en él su mirada Rosalía.

A no ser tan infame el marqués, el estado horrible en que se encontraba hubiera inspirado compasión.

CXXIV.

En la Habana el marqués no salia absolutamente de casa.

Poco despues de puesto el sol se encerraba en su aposento y allí permanecía solo y sin luz.

A los pocos dias me atreví á hacer una prueba. El marqués me tenia en una reclusion absoluta.

Reclusion que se me hacia insostenible.

Pensé en aprovecharme de aquel estado excepcional en que se encontraba el marqués desde que oscurecia hasta que amanecía.

Entonces, y todavía al otro lado de los mares, empecé á ser Dama de Noche.

CXXV.

Por entonces, ya como ahora, era el factotum del señor marqués M. Rouget.

Esta especie de bribon risueño le servia hacia mucho tiempo, y le habia acompañado en calidad de cocinero á sus expediciones negreras.

El marqués, sin sentirlo, habia ido contrayendo un grande afecto á M. Rouget.

Por supuesto que M. Rouget merecia y merece el terrible afecto del marqués.

Con su eterna sonrisa, con sus mofletes siempre rosados, con su invencible imperturbabilidad, el marqués le habia visto practicar hechos para los cuales se necesitaba un valor y una sangre fria extraordinarias, ya fuese durante una tempestad, ya durante un combate contra los cruceros ingleses, y actos verdaderamente execrables cuando solo se trataba de ser inhumano y terrible con los infelices negros, amontonados en el buque.

El marqués empezó por sentir grandes simpatías hacia M. Rouget, y acabó por concederle toda su confianza.

El era el único que podia entrar en la habitacion del marqués durante aquellas largas noches de remordimiento y de delirio.

El era el único que podia penetrar en el recinto vedado donde vivíamos Rosalía y yo.

CXXVI.

M. Rouget es un hombre de talento.

Perspicaz y pensador, con una sola mirada de sus ojos grises, mirada cuya intencion se oculta siempre bajo una expresion que generalmente parece candorosa, y á veces estúpida, comprende hasta qué punto puede serle favorable ó adversa una persona.

M. Rouget sabia que si él era el factotum, el confidente, casi la conciencia del marqués, yo era respecto del marqués la omnipotencia.

Sabia que yo era el poder terrible en la casa, por la influencia que tenia sobre el marqués, y que por lo mismo era necesario estar bien conmigo.

M. Rouget me demostraba entonces, como me la demuestra ahora, una adhesión servil, y me decia con suma frecuencia:

— Estoy verdaderamente deseoso porque la señora ponga á prueba con un gran sacrificio de mi parte el extraordinario afecto que siento hacia ella.

Un día en que M. Rouget me dijo una frase semejante, le respondí:

— Pues bien, ya que tanto desea Vd. que yo ponga á prueba su afecto, ha llegado el momento.

— ¡Oh! ¡y qué felicidad será para mí, señora! dijo M. Rouget sonriendo siempre. ¿Y qué desea la señora?

— Me fastidio, M. Rouget.

— Verdaderamente el aislamiento en que la señora se encuentra debe serle insostenible: no comprendo al señor marqués: está muy enfermo. ¿Porqué no consiente Vd. en casarse con él?

— Estoy... enamorada, M. Rouget, muy enamorada, le dije: Vd. es el confidente del marqués desde hace mucho tiempo, y desde ahora lo va Vd. á ser mio.

— ¡Enamorada! dijo M. Rouget mirándome de una manera especial y dejándome ver una sonrisa de incredulidad: con el tiempo puede ser que la señora ame; pero por ahora... ¡bah! yo lo sé todo: la señora quiere ponerme á prueba, y esto es inútil, porque estoy completamente á su disposición.

— Veámoslo.

— Perfectamente: veámoslo.

— ¿Qué piensa Vd. que sucedería si el marqués supiese que por los oficios de Vd. salia yo de casa todas las noches é iba donde mejor me convenia?

— ¡Oh! ¡oh! si el marqués lo supiese. ¡Diablo! per-

done Vd., señora: pero el marqués procuraria hacer con V. E. y conmigo una de las suyas.

(M. Rouget me daba el mismo tratamiento que daba al marqués).

— De modo, le dije, que Vd. no se atreverá á procurarme el que yo pueda esparcirme de noche.

— Yo no he dicho eso.

— Sin embargo, parece que teme Vd....

— Nada temo.

— Pero si el marqués sabe....

— El señor marqués no sabrá nada.

— Pues empecemos desde ahora mismo.

— Empecemos.

— Envíe Vd. por un palco al teatro.

— Muy bien, señora: y de camino mandaré poner un carruaje.

— Eso.

— Vendré cuando crea que las señoras están vestidas: porque V. E. se hace acompañar de la señorita Rosalía.

— Indudablemente.

— Va á comprender la señora cuánto respeto su voluntad.

Y salió.

CXXVII.

Desde entonces todas las noches Rosalía y yo escapábamos como dos pájaros á quienes se abre la jaula apenas el marqués se encerraba en su aposento.

Rosalía si no estaba alegre, estaba mas tranquila.

Habia visto á su Pablo, sabia que estaba en París, y dentro de poco debiamos abandonar á Cuba para ir á Europa, á París.

Allí debia encontrar su amor, y tal vez su venganza segun ella creia.

CXXVIII.

En la Habana no me conocia nadie.

Habia vivido en ella primero en un convento, despues en un colegio, luego en la cerrada casa del marqués.

Por el color de mi semblante, de mis cabellos y de mis ojos, se me tuvo por una rica inglesa que viajaba con algunos esclavos.

Mi presencia asidua al teatro de Tacon causó en la sociedad de la Habana la misma impresion que ha causado en la sociedad de Madrid mi presencia frecuente en el Teatro Real.

Allí se hicieron por muchos los mismos esfuerzos por llegar hasta mí que se han hecho en Madrid por infinitos.

Pero los curiosos y los enamorados, si alguno lo estaba, encontraban siempre un obstáculo invencible en mi buen Pepe, en el criado negro que me acompaña constantemente en mis excursiones nocturnas.

No sé si me pusieron algun nombre los de la Habana como me le han puesto los de Madrid, porque aquello duró poco.

CXXIX.

Al mes de haberme conquistado aquella libertad nocturna, se me presentó M. Rouget, y sonriendo siempre me dijo:

— Siento de una manera imponderable el verme privado por algun tiempo de seguir procurando á V. E. sus salidas de noche.

— ¿Pues qué sucede? le dije.

— Sucede que mañana parto de la Habana en un buque que se hace á la vela para Europa. Por la primera vez desde que le sirvo no acompaño en su viaje al marqués. V. E. es la causa: el marqués quiere que cuando V. E. llegue á París encuentre una casa conveniente, y yo voy á prepararla: pero en llegando allí, V. E. podrá continuar gozando con ventaja de sus noches: París es muy preferible á la Habana.

— ¿Es decir, que decididamente marchamos á Europa? El marqués no me ha dicho nada.

— Sí, señora: á lo mas tardar dentro de quince dias, que es el tiempo necesario para que esté dispuesta á marchar una fragata que el marqués ha fletado para él solo.

— ¡Ah! ¿no vendrán con nosotros pasajeros?

— No, señora: V. E. irá sola con el marqués, con la señorita Rosalía, con la servidumbre y con la tripulacion que se compone de esclavos del marqués; el marqués dirigirá el buque.

Me causó un vago, pero frio terror la perspectiva de una larga travesía con el marqués á bordo de un buque en que todos, tripulacion y servidumbre, serian esclavos suyos.

CXXX.

Algunos dias despues el marqués me anunció el viaje, y á continuacion me dijo:

— Por mas que yo sea un marino muy á propósito para mandar con buen éxito un buque desde Cuba á Europa, nadie puede estar seguro de que el mar no haga una de las suyas. Si acontece un naufragio, si perecemos en él, no quiero que se pierda tu memoria. Es necesario que te retrates, Margarita.

— ¿Y para qué?

— Pondré ese retrato, con un pañuelo tuyo en que estén bordadas mis armas, un rizo de tus cabellos y un papel escrito, en una caja embreada, y en un momento supremo sujetaré esa caja á tu cintura, me abrazaré á tí y moriremos juntos.

Solo el estado de casi demencia en que se encontraba el marqués, podía disculpar el que me hablase de tan lúgubres preparativos, en vísperas de un peligroso viaje por mar.

CXXXI.

El retrato fué hecho. El marqués le guardó, y tres días después nos embarcamos, y á las tres de la tarde levamos anclas y zarpamos del puerto de la Habana.

En el buque el marqués siguió, en el breve tiempo que precedió al naufragio, la misma conducta que en su casa de la Habana.

Evitó toda comunicacion con Rosalía. Ella y yo ocupábamos el lugar preferente en la primera cámara.

Yo no vi al marqués hasta las puestas del sol en que le encontré observando el cielo.

Cuando me anunció con su horrible sangre fría que tendríamos tormenta me estremecí.

Aquella tormenta nos amenazaba en la hora terrible en que el marqués dejaba de ser hombre para convertirse en loco.

Era de temer una desgracia.

CXXXII.

Y aquella desgracia se nos echaba encima de una manera rápida.

El cielo despejado, azul, magnífico, empezó á cargarse de nubes.

Un viento demasiado fresco empezó á silbar entre la jarcia de la fragata.

Truenos muy lejanos provenían allá de las profundidades del horizonte.

Algunos relámpagos esclarecían la media luz del crepúsculo.

El marqués me había prometido hacerme beber no sé qué, que me evitaría el terror de ver los horrores de la tempestad.

El marqués habló un momento con uno de los esclavos, y poco después aquel esclavo me llevó un vaso lleno de un cocimiento dorado.

Bebí la mitad, y me acordé de Rosalía.

¿Y porqué ella no ha de librarse también del terror, dije para mí, por medio de esta bebida, que debe ser un narcótico?

Y espontánea y naturalmente, mientras el marqués observaba el mar y el cielo, y multiplicaba sus órdenes á la tripulación que maniobraba, entré en la cámara, donde replegada en un ángulo é inmóvil estaba Rosalía.

— Toma, la dije: el marqués que cree posible una tempestad furiosa, me ha hecho beber esto, para evitarme el terror.

CXXXIII.

Al oírme Rosalía, al ver el color del líquido que contenía el vaso, saltó del rincón en que se encontraba, tomó el vaso, le examinó, probó con la extremidad de la lengua su contenido, y exclamó aterrada:

— ¡El zumo de la *ashilla*! ¡del horrible narcótico de que se valió el marqués para hacerme suya! ¡y has bebido todo lo que falta al vaso!

— Sí, exclamé con terror.

— Dentro de un momento caerás dominada por una influencia terrible; durante algunas horas verás todo lo que sucede junto á tí; oírás todo lo que se hable, pero no podrás moverte, ni resistir, ni gritar... ¡Oh! ¡Dios mío!

Yo estaba muda de espanto.

Rosalía tiró el vaso al mar por la ventana de la cámara, y luego se lanzó á la puerta del camarote y la cerró por dentro.

— Y luego, luego... con lo que has bebido estarás como muerta durante dos días: cesará tu pulso, dejará de latir tu corazón: ¡pasará por tí durante ese tiempo la muerte... y yo no lo podré evitar!

CXXXIV.

Me acuerdo perfectamente de lo que me sucedió después.

Empecé á sentir una languidez dulcísima, y perdí todo temor, toda conciencia de mí misma.

Veía á Rosalía que me tenía entre sus brazos y que me besaba llorando.

Después me levantó y me puso en la litera.

Yo no dormía: lo veía todo, lo oía todo.

Los mugidos del viento y de las olas, los gemidos de Rosalía, sus oraciones.

Sentía el violento balanceo del buque.

Oía el áspero rechinar de sus maderas y los fuertes pasos de la tripulación sobre el puente.

Veía el resplandor del relámpago que atravesaba el grueso cristal de la pequeña ventana del camarote.

Y á Rosalía siempre inclinada sobre mí, llorando y rogando siempre.

CXXXV.

Veía, oía, sentía, pero no tenía voluntad, ni por consecuencia acción.

La tempestad arreciaba de una manera horrible, y sin embargo no sentía miedo.

Rezaba y lloraba por mí Rosalía, y no sentía ni gratitud, ni ternura, ni ningún afecto por aquel amor tan puro y tan noble.

Todo pasaba por mí como si yo lo viera desde otro mundo, desde otra vida.

CXXXVI.

De repente Rosalía se alzó de sobre mí y corrió á la puerta del camarote, á la que habían llamado con precipitación.

— ¡Abrid! ¡abrid, que nos vamos á pique! exclamó el marqués con el acento de un loco.

— No, no entrarás, infame, mientras yo pueda impedirlo, gritó Rosalía apoyando sus espaldas contra la puerta.

Luego sonaron golpes como de hacha y la puerta cayó por tierra.

El marqués entró y se arrojó furioso sobre Rosalía.

— ¡Ah! exclamó asiéndola del cuello con una mano crispada: esto había de suceder alguna vez.

La infeliz Rosalía no pudo contestar.

En medio del horror de los elementos desencadenados, á la débil luz de la lámpara clavada en el techo del camarote, veía yo, sin poderlo evitar, sin querer evitarlo, á Rosalía y al marqués que iban de acá para allá, en una lucha terrible, rugiente, furioso, frenético el uno: la otra retorciéndose entre las manos del marqués y lanzando gemidos ahogados.

Por último Rosalía dejó de luchar.

Cayó.

El marqués permaneció todavía algún tiempo oprimiendo su garganta, golpeando con su cabeza sobre el suelo.

Luego se alzó y la dió con el pié.

Rosalía estaba inerte, muerta.

La contempló un momento, y luego volvió á arrojar-se sobre ella, á oprimirla la garganta, á golpear con una furia creciente el suelo con su cabeza.

Después la asió, la levantó entre sus brazos y salió rápidamente del camarote.

CXXXVII.

Entonces, y por el estado de narcotismo en que me encontraba, ni aquel horrible crimen me horrorizó, ni sentí la mas leve voluntad de impedirlo.

Después, al recordarlo, he sentido todo el horror que no sentí entonces.

Después con mucha frecuencia, durante mi sueño, aquella terrible escena ha repetido en mi imaginación detalle por detalle, gemido por gemido, y he despertado aterrada, cubierta de un sudor frío, muriéndome.

¡Desdichada Rosalía!

CXXXVIII.

Margarita calló por un momento.

La relación de Margarita era para mí preciosa.

Era el complemento, era el reverso de las Memorias del negro Pablo, de aquel infeliz muerto por mí contra mi voluntad: de aquel hombre cuyo recuerdo me atormentaba, no como un remordimiento, sino como un dolor.

Entonces lo comprendí todo.

Ví que Pablo era Moene-Dilolo, el señor del lago, el esposo de Rosalía.

Comprendí el que Pablo al encontrar á Margarita arrojada por el mar sobre la playa la creyera muerta, cuando solo estaba accidentada por resultado del zumo de la *ashilla*: empecé á entrever el misterio de que Margarita hubiese sido enterrada, y sin embargo viviese aun.

CXXXIX.

Este conocimiento me hizo mucho bien.

Hasta entonces, preciso es que lo confiese, Margarita había tenido para mí un prestigio fantástico.

Dudaba, me perdía en un mundo de suposiciones absurdas.

Había momentos en que creía á Margarita un ser sobrenatural.

Al fin no podía dudar.

Margarita era una hermosa criatura viva y ardiente.

Margarita me amaba: no lo podía dudar, porque solo á un hombre á quien amase con toda su alma, en quien tuviese toda la confianza que inspira el amor, podía hacer tan terribles revelaciones.

Gozaba de una manera imponderable.

Pero al mismo tiempo sufría.

En aquella situación tremenda, Margarita accidentada, sin voluntad, sin fuerzas, privada por un crimen de la protección de Rosalía, había quedado en poder del marqués.

Yo no me atrevía á interrogar acerca de esto á Margarita.

CXL.

Pero como si Margarita hubiese adivinado mi pensamiento dijo levantando de nuevo la cabeza y continuando su relación:

— La Providencia me salvó.

Y luego después de una ligera pausa dijo:

— El marqués volvió al poco tiempo.

Traía en sus manos un objeto, una caja que ató á mi cintura.

Después acercó su semblante al mío y me estuvo contemplando, asido al borde de la litera que yo ocupaba para mantenerse firme á pesar del fuerte balanceo del buque.

CXLI.

Si yo hubiera podido aterrarme, la mirada que el marqués fijaba en mi semblante me hubiera helado la sangre.

Pero ya he dicho á Vd., Andrés, que yo me encontraba en un estado anómalo á causa de la influencia del cocimiento de *ashilla* que había bebido.

Lo percibía todo, pero en medio de una insensibilidad absoluta.

No puedo explicarme cómo guardo el recuerdo de todo lo que vi y escuché, de todo lo que pasó por mí durante aquella insensibilidad.

En la mirada que el marqués fijaba en mí había fiebre, insensatez, terror, crueldad, deseo, duda, audacia, todo junto, todo expresado á un mismo tiempo.

De su boca salía un aliento roncó.

El tigre cuando mira después de un combate sangriento la presa que está próximo á devorar, no dispone sin duda de una mirada tan singularmente horrible como la que el marqués fijaba en mí.

Y lentamente, como atraído por mí, el semblante del marqués se acercaba al mío.

Llegó un momento en que sentí su respiración ardiente como el calor que fluye de la boca de un horno.

De improviso el buque recibió un choque tremendo y se estremeció todo.

Un momento después, el espacio en que yo me encontraba se abrió.

Un cuerpo negro, opaco, avanzó sobre mí.

Gigantesco como una montaña.

Embravecido como un león.

Era una inmensa ola, un golpe de mar que me arrastró consigo, me revolvió, me lanzó á la superficie, y en aquel momento el huracán hinchó mis vestidos como hubiera hinchado una vela, y me mantuvo á flote.

Y me sentí arrastrar como nos sentimos arrastrados durante un sueño, llevados como una pluma por un espacio oscuro é infinito, sin voluntad, sin resistencia, sin terror.

Sentí... no sé lo que sentí.

Sí, sentí... lo he recordado después, que caía en un letargo denso, profundo: en un estado con el cual podría muy bien compararse á la muerte.

Sentí que no sentía nada.

CXLII.

Cuando volví en mí me encontré en una habitación muy pobre pero muy limpia, sobre un lecho excelente, aunque sencillo, sin adornos de ningún género.

Las paredes de aquel aposento estaban blanqueadas, y en ellas de trecho en trecho se veían algunas estampas grabadas representando santos.

El mueblaje se reducía á algunas sillas toscas y á una mesa de pino sobre la que se veían medicamentos.

El techo de aquella habitación estaba compuesto de vigas de enebro sin labrar, sobre las cuales se asentaban inmediatamente las tejas.

Una pequeña ventana, única abertura por donde penetraba la luz, había sido cubierta con un papel pegado á su marco, y el sol, iluminando de lleno aquel papel, le prestaba un hermoso color anaranjado, que contrastaba enérgicamente con el tono oscuro de la pared en que estaba abierta la ventana.

(Se continuará.)

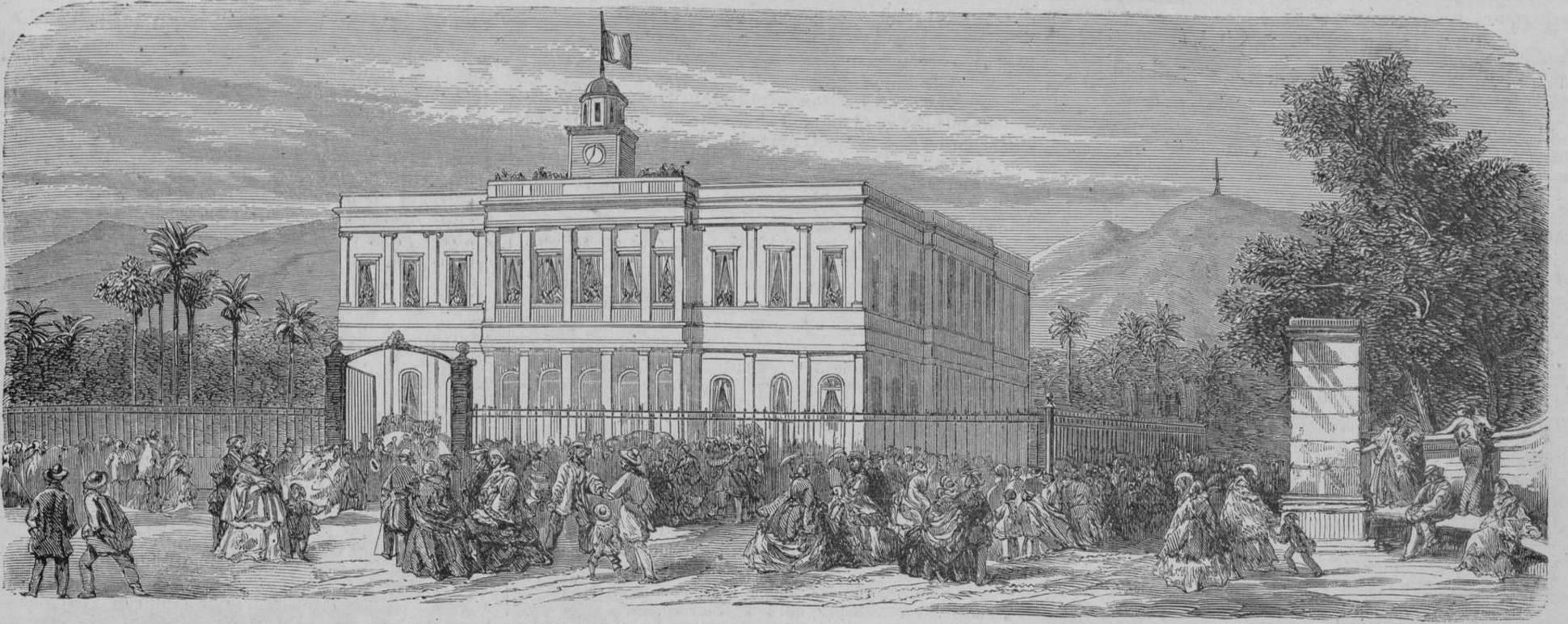
Mesina.

Mesina es una ciudad grande y hermosa, con bastante industria y comercio, y con el mejor puerto del reino de las Dos Sicilias, situada en una posición deliciosa sobre el estrecho á que da su nombre. Sus principales monumentos son el palacio senatorio, ó casa de ayuntamiento, de una arquitectura sencilla é imponente, el arsenal, la catedral, el palacio episcopal, la logia, el seminario y el hospital mayor. El colegio real, el seminario y la biblioteca real son los primeros establecimientos literarios de esta ciudad, que es la mas industriosa y comerciante de la Sicilia, y cuya población pasa de 80,000 almas. Mesina, dice M. Quattromani, es acaso la única ciudad de la Sicilia que no ofrece ninguna antigüedad, pues fué enteramente destruida por el terremoto de 1783. Sus cercanías constituyen una de las partes mas pobladas y mejor cultivadas de la isla. Lo mas notable de Mesina está en sus hermosas y vastas fortificaciones, su ciudadela y su arsenal; así la ciudad de Mesina es el punto estratégico mas importante del reino de las Dos Sicilias. Según las últimas noticias, parece ser que Garibaldi trataba de operar contra Mesina. En este punto se había establecido un comité secreto en correspondencia con Garibaldi, el cual distribuye proclamas revolucionarias. Tambien se dice que continuaban las desertiones de oficiales, y en la ciudad reinaba una gran consternación, esperándose con impaciencia la llegada del jefe de los sublevados.

X.



LA CIUDAD DE MESINA



EL NUEVO HOTEL DE VILLA DE SAN DIONISIO (REUNION.)



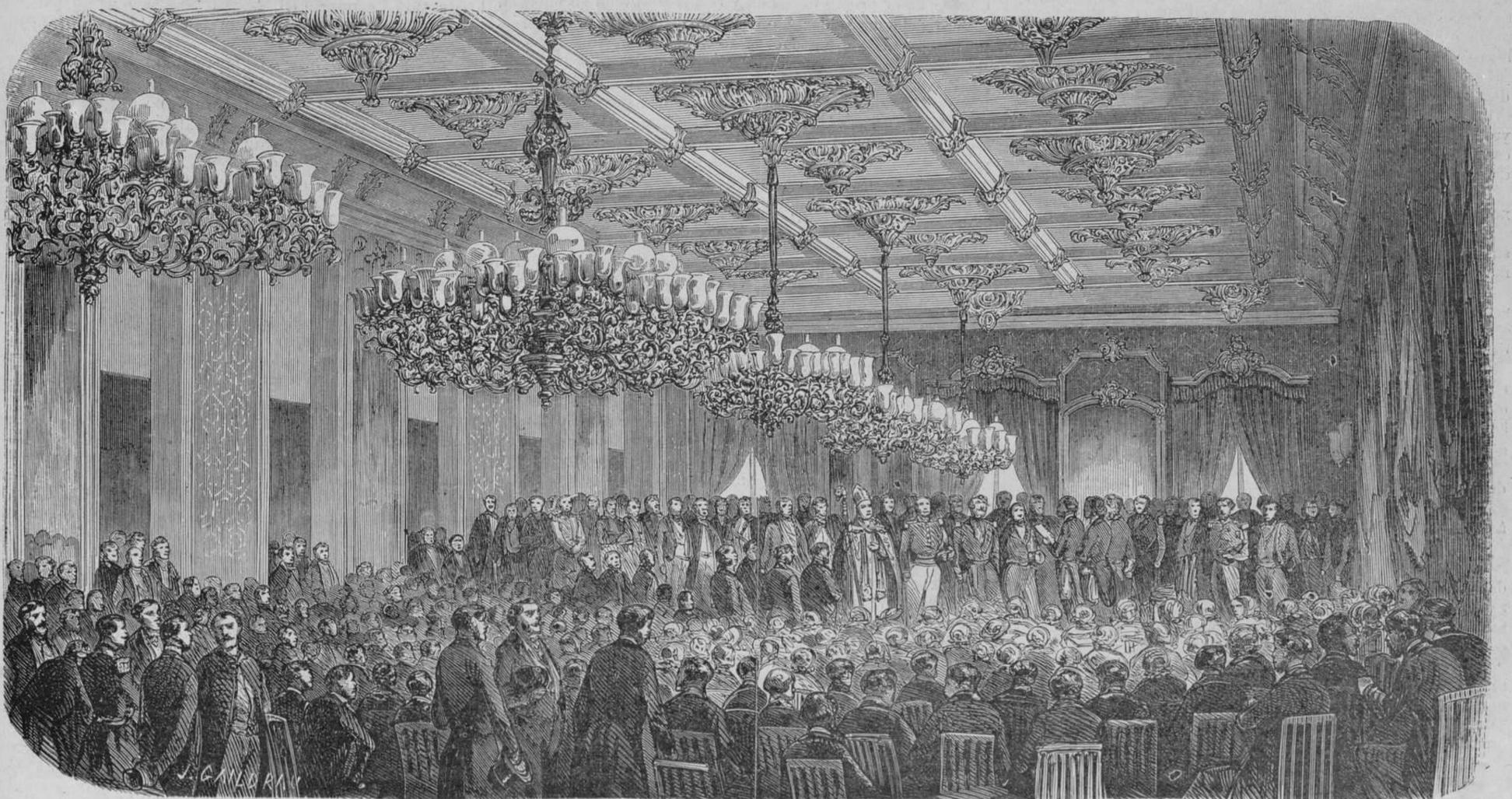
El barón DANICAU, gobernador de la Reunion.



Un matrimonio de negros ante los oficiales del estado civil.



M. G. DE MOLIERES, alcalde de San Dionisio.



INAUGURACION DEL NUEVO HOTEL DE VILLA DE SAN DIONISIO.

Inauguración

DEL NUEVO HOTEL DE VILLA DE SAN DIONISIO EN LA ISLA DE LA REUNION.

El 21 de abril la ciudad de San Dionisio celebró la inauguración de su nuevo Hotel de Villa, gracioso edificio que se eleva en el centro de la población.

A las dos de la tarde, las diversas autoridades civiles y militares fueron al palacio del gobierno; y luego el gobernador, M. Danicau, se puso á la cabeza del cortejo para pasar al Hotel de Villa, precedido de la música de la guarnición y de un destacamento de gendarmaría; la milicia y el regimiento de infantería de marina formaban la carrera desde el palacio del gobierno hasta el Hotel de Villa.

El obispo de San Dionisio fué el primero que tomó la palabra, y después hablaron el gobernador y el alcalde, pronunciando cada uno un discurso que fué vivamente aplaudido.

Al día siguiente de la inauguración oficial, el nuevo Hotel de Villa era inaugurado con una ceremonia que se repetirá á menudo, la celebración de un casamiento entre un negro y una negra.

P. P.

Revista de Paris.

Paris está de luto toda esta semana. La población en masa ha acudido á la capilla ardiente donde ha estado expuesto durante tres días el cadáver del príncipe Gerónimo, y el martes último, día de su entierro, las calles por donde ha pasado el cortejo fúnebre se hallaban obstruidas con una muchedumbre inmensa. La pompa desplegada en este entierro ha sido ostentosa y merece una descripción detallada que encontrarán nuestros lectores en uno de nuestros próximos números.

El 23 por la noche se abrió en Villegenis el testamento del difunto príncipe, y el emperador manifestó su intención de que se ejecutara por completo la última voluntad de su tío. Dícese que el príncipe dispone en su testamento que se le entierre en los Inválidos junto á su hermano el emperador Napoleón I, y efectivamente allí ha sido depositado el mártir; pero algunos insisten todavía en creer que mas tarde será trasladado á Saint-Denis.

El príncipe Gerónimo dice además en su testamento que deja algunas memorias, y dispone todas las medidas que han de tomarse para proceder á su publicación.

La corte, que hasta el último momento no habia interrumpido sus fiestas en la residencia imperial de Fontainebleau, ha despedido á todos sus convidados, y ahora el palacio se halla sumergido en la tristeza.

El emperador permanecerá todavía en este sitio hasta fines de mes, y luego pasará á Saint-Cloud. Después de haberse discutido mucho acerca del luto, se ha resuelto adoptar el color de violeta; este luto durará veinte y un días.

La muerte del príncipe Gerónimo producirá naturalmente algunas modificaciones en la lista civil; parece ser que el presupuesto que le estaba señalado se repartirá entre su hijo y el príncipe imperial.

Se habla de algunos honores que serán acordados al príncipe Gerónimo; según se dice, se colocará en el museo de Versalles una estatua de mármol, en la que estará representado con las insignias de mariscal de Francia, y otra en el palacio del Senado. Además se pondrá á una de las principales calles de Paris el nombre de *calle del Príncipe Gerónimo*.

La crónica de la semana nos suministra la siguiente anécdota:

Uno de estos últimos días un caballero de cierta edad, bien vestido, pero un poco brusco en sus modales, se presenta en casa de la baronesa de *** y pide permiso para hablarla inmediatamente.

Una criada le responde que la señora está almorzando, que no puede recibirle entonces y que vuelva.

El desconocido insiste y sigue con resolución, á pesar de sus observaciones, á la doncella, que en vista de su empeño iba á tomar nuevas órdenes de su señora.

Al oír desde la antesala donde se habia detenido que la baronesa no queria recibirle, sin reparo ninguno abre la puerta y se halla en presencia de la dama irritada con la audacia del desconocido.

— Caballero, le dice con dignidad, me parece muy extraño que haya Vd. penetrado aquí contra mi voluntad; no sé de qué modo calificar ese proceder; pero en fin, ya que está Vd. aquí, me hará Vd. el favor de explicarme en breves palabras el objeto de su visita.

— Señora, respondió el desconocido, tenga Vd. la bondad de mandar salir á la criada.

Y como la baronesa confusa y temerosa vacilaba en acceder á este deseo, añadió secamente:

— Quiero... debo hablar con Vd. á solas.

Al hablar así, sin hacer ningún caso de las observaciones de la baronesa, que teniendo confianza en su camarera autorizaba al desconocido á explicarse delante de ella, abrió la puerta del corredor, empujó fuera á la muchacha, y se quedó solo con la señora.

Conociendo entonces esta todo el peligro de la situación, se precipitó sobre la campanilla que se hallaba al otro extremo de la mesa; pero el desconocido habia adivinado su pensamiento; cogió la campanilla, y conservándola en su mano, entabló con la señora el diálogo siguiente:

— ¿Cuántos criados tiene Vd.?

— Caballero, prevengo á Vd. que á pesar de esas violencias morales que no tienen excusa y contra las cuales protesto, no responderé á sus preguntas sino cuando sepa quién me las dirige y por qué motivo.

— Señora baronesa, no tengo tiempo que perder; suplico á Vd. que responda inmediatamente á todas mis preguntas.

Y luego acentuando bien sus palabras, añadió:

— ¿Cuántos criados tiene Vd.?

— Puesto que es preciso obedecer, responderé que no tengo mas que tres en el día; pues mi cochero que murió el mes último no ha sido reemplazado aun.

— ¿Y son?

— Un criado anciano que me ha visto nacer, y que casi siempre está en el campo, mi doncella que estaba aquí hace un instante, y mi cocinera.

— ¿Cuánto tiempo hace que la doncella está en su casa de Vd.?

— Siete años.

— ¿Y siempre ha estado Vd. contenta de sus servicios?

— Sí; no tengo motivos para quejarme.

— Está muy bien; pasemos ahora á la cocinera.

— Es una mujer de unos treinta años.

— ¿Y está en su casa de Vd.?

— Hace quince días; me sirve bien...

— ¿Ha tomado Vd. informes antes de recibirla?

— Sí, señor; pero de todos modos no se puede juzgar á una criada en tan poco tiempo.

— Es verdad; dígame Vd., sin embargo, todo lo que ha notado en ella.

— Me ha parecido que es buena y caritativa; mi doncella ha estado indispueta un par de días, y ella la ha reemplazado en todo y por todo.

— Está bien; ahora deseo hablar á esa cocinera.

— Pase Vd. á la cocina; allí la encontrará.

Las cocinas están situadas en el piso bajo de la casa.

El desconocido se dirige á ellas, y á una señal suya dos hombres que le esperaban abajo se apoderan de la cocinera y se la llevan sin ruido ni formalidades de ninguna especie.

Entonces el desconocido sube otra vez y pregunta á la baronesa:

— ¿Usted tiene que recibir doscientos mil francos dentro de pocos días?

— Caballero... ¿cómo puede Vd. saber?

— Punto en boca; responda Vd. á mi pregunta: ¿tiene Vd. que recibir esa cantidad, sí ó no?

— Sí, señor.

— Corriente... Ahora tenga Vd. entendido que su cocinera á quien acabo de poner presa es un hombre...

— ¡Un hombre!...

— Sí, señora, un ladrón escapado de presidio, que queria robarla á Vd. esa suma. Ahí tiene Vd. quien la ha servido de camarera durante dos días.

— ¡Ay!... amigo mio... exclamó llorando la baronesa, y estrechando las manos del desconocido entre las suyas... ¡me salva Vd. la vida!...

— Me alegro.

Y sin mas que un ligero saludo, salió de casa de la baronesa.

Debemos ahora á nuestros lectores algunas noticias sobre la expedición de los orfeonistas franceses á Londres.

Ante todo diremos que en el día están excitando en la capital de la Gran Bretaña un entusiasmo general. Según dicen las correspondencias particulares, su viaje ha sido muy penoso; parece ser que llegaron á Londres por la noche rendidos de cansancio, privados de sueño y habiendo hecho comidas demasiado modestas. Y sin embargo, en cuanto se vieron en presencia de la sociedad inglesa que habia acudido á oírlos, los orfeonistas comprendieron que se trataba de una cuestión de amor propio nacional, y recobraron toda su energía.

Pero dejamos hablar á un testigo ocular. En una correspondencia del periódico el *Siecle* leemos los siguientes párrafos:

«El sábado por la noche dos trenes especiales llegaron á Dieppe con mil setecientos cantantes procedentes de distintas provincias de Francia. Llegados á la ciudad á las cinco y las siete de la mañana, recorrieron sus calles y pudieron almorzar antes de la hora de la marea, que no permitió se efectuara el embarque hasta las doce.

» A esa hora los habitantes de Dieppe asistieron á un magnífico espectáculo. Cuatro buques se llevaban con toda velocidad á los artistas, que atravesaron el Océano sobre una mar limpia y serena como un lago. Habriase dicho que las olas se calmaban para oír los cánticos armoniosos de los franceses que iban á fraternizar con la Inglaterra, pues es de advertir que los orfeonistas temiendo el mareo cantaban. Aconsejo el remedio á todos los que quieran emprender el mismo viaje, en atención á sus felices resultados. Apenas se marearon veinte individuos en los cuatro vapores.

» Nuestra llegada á Newhaven ha sido una verdadera entrada triunfal. Las poblaciones de muchas leguas en contorno habian salido en masa para recibir á las sociedades coralas, y por todas partes estallaban las demostraciones mas amistosas. Los sombreros se alzaban para saludar, y las señoras agitaban sus pañuelos. Hasta hubo ramilletes. No obstante, debo decir que los franceses entraron en el puerto cantando el *God save the queen*, himno que ningún inglés deja de oír con entusiasmo.

» Sin embargo, hemos tenido tambien nuestros tropiezos. Primeramente la aduana inglesa exigió que se abrieran todas las maletas y cofres, lo que ocasionó una tardanza tanto mas sensible, cuanto que los orfeonistas cayendo á media noche en una ciudad desconocida casi para todos, y no habiendo hallado lo que les habian prometido, debieron buscarse alojamientos para no quedarse en la calle. A pesar de esto, mas de 1,500 se hallaron sin abrigo, y hubieron de dormir en montones de paja.»

En este momento cantan la *Retreta*, los *Hijos de Paris*, ¡Francia! ¡Francia! les acompaña la música de los guías; les aplauden veinte y cinco mil espectadores, y todo está olvidado.

MARIANO URRABIETA.

Real Academia española.

Acta de la sesión pública celebrada ante S. M. la reina y su augustó esposo por este cuerpo literario, en el real Conservatorio de música y declamación, para la solemne declaración del resultado del certámen extraordinario abierto por la misma Academia con el objeto de conmemorar las glorias de nuestras armas en la guerra de Africa, y entregar la medalla de oro y certificaciones que se expresarán á los autores de los ocho poemas mas notables.

El día 30 de mayo próximo pasado, á las nueve de la noche, hora designada por S. M. la reina (Q. D. G.) para dar principio á dicha solemnidad, entraron en el salon SS. MM., precedidas por la comisión de la Academia nombrada de antemano para tener la honra de recibir las alapearse del carruaje y despedirlas del mismo modo luego que concluyese la ceremonia. La marcha real ejecutada por profesores del Conservatorio, anunció su llegada al brillante concurso que llenaba todo el ámbito del salon. Sentadas SS. MM. en los regios sillones preparados al intento, y obtenida su venia, el excelentísimo señor marqués de Corvera, ministro de Fomento, á quien correspondia presidir á la Academia en acto tan solemne, pronunció el discurso que ayer insertó la *Epoca*.

Acto continuo el secretario perpétuo de la Academia leyó el siguiente resumen de los trámites observados en el referido certámen:

«La campaña contra Marruecos, ya felizmente terminada, en la que tantos laureles ha ganado nuestro invicto ejército, fué desde luego considerada por todos los españoles sin distinción de partidos, como la mas justa, la mas patriótica, la mas santa de cuantas empresas registran nuestros anales después de la guerra de la independencia, á que dió principio el heroico alzamiento de Madrid en el memorable Dos de Mayo de 1808. Participando del general entusiasmo la real Academia española, juzgó altamente dignas de ser cantadas por las musas castellanas las proezas con que ya se habian distinguido tan bizarras legiones, y las que, con confianza no desmentida esperaba de ellas la patria.

Acordó en consecuencia el día 16 de febrero de este año, y redactó al siguiente el programa de un certámen extraordinario, en el cual aspirasen al premio cuantos ingenios españoles quisiesen emular en tan honrosa contienda. Este premio habia de consistir en una medalla de oro con la empresa de la Academia, 6,000 reales en metálico y 500 ejemplares de la obra premiada, y se prometia además un *accessit*, con derecho á percibir el que lo obtuviera la cantidad de 3,000 rs. y 500 ejemplares de la respectiva composición. Las demás condiciones del concurso fueron las de costumbre en semejantes casos, y respecto de los plazos que para él debia fijar, pareció á esta corporación muy plausible el hacerlos coincidir con días que conmemoran otros preciares timbres de España. Señaló pues como término para recibir las obras el día 2 de este mes de mayo, y para proclamar en sesión pública los nombres de los laureados y demás formalidades consiguientes el de hoy 30 de mayo, consagrado por la Iglesia á la festividad del ínclito conquistador de Córdoba y Sevilla, al santo rey Don Fernando III.

El programa se publicó en la *Gaceta de Madrid* de 18 de dicho mes de febrero.

Desando este cuerpo literario dar al acto presente el mayor lucimiento posible, y siendo harto reducido su salon de juntas públicas, propuso de antemano celebrarle en este del real Conservatorio de música y declamación, cuyo director se apresuró á facilitarle con auencia del gobierno.

Si alguna prueba hubiese necesitado la Academia de la oportunidad de su pensamiento y de lo popular del asunto, lo hubiera sido el desusado número de opositores; pues como consta en la *Gaceta* de 5 del actual, concurrieron al certámen nada menos que 63, sin otros tres que por haber llegado sus composiciones fuera del término prefijado, quedaron excluidos del concurso.

Para proceder la Academia con el pulso y detenimiento que requeria el exámen de tantos escritos, algunos de bastante extension, y en vista de mediar poco tiempo desde el primero al segundo de dichos plazos, nombró previamente una comisión compuesta de cinco académicos, que leyendo cada uno en particular todos los poemas y luego conferenciando juntos, formasen dos relaciones; una de los mas notables, y otra de los que á su juicio no reunian dotes suficientes para disputar el premio ó el *accessit*. Leidas en Academia las composiciones de esta segunda clasificación, fué confirmado respecto de todas ellas el dictámen de la comisión, si bien en muy pocas dejó de reconocer la corporación estimables condiciones literarias, y en todas vió que habian sido dictadas por el mas acendrado patriotismo.

Todavía, viéndose la Academia en la necesidad y aun en la obligación de ser mas severa que en otro caso lo hubiera sido al adjudicar el premio y el *accessit*, por ser tantas las poesias que de la comisión habian merecido la nota de sobresalientes, ó de buena la que menos; se acordó reducir á seis, en votación secreta, el número de las elegibles para uno y otro lauro, y como prenda de acierto para esta votación preliminar, todas las obras no desechadas ya estuvieron por espacio de diez dias en la sala de juntas ordinarias á disposición de los académicos, á fin de que cada uno las leyese por

separado y á su comodidad. Mientras este acuerdo se cumplía, se tomó (vista la afluencia de composiciones y en gracia á lo muy recomendable del tema propuesto) el de no limitar las recompensas á lo ofrecido en el programa, sino hacerlas extensivas á cierto número de menciones honoríficas, y á imprimir la Academia en coleccion las obras que tal distinción mereciesen, si á ello no se oponían los agraciados, á cada uno de los cuales se darán 100 ejemplares de la propia edición.

Seguidos sin interrupcion los trámites convenientes, para lo cual hubo varias juntas extraordinarias; leídos de nuevo y en corporacion los seis poemas escogidos, y puestos á votacion simultáneamente todos ellos en junta del 18 del que rige, obtuvo el premio el titulado *la Nueva guerra púnica ó España en Marruecos*, su autor el señor don Joaquín José Cervino, y el *accesit* el que lleva por título *la Campaña de Africa*, escrito por el señor don Antonio Arnao.

Por último, en junta de 19 de este propio mes se votaron seis menciones honoríficas; cuatro en favor de las poesías que en el escrutinio para el premio y en el que siguió para el *accesit* no obtuvieron mayoría absoluta, y dos para las que, despues de las que optaron á dichos premios preferentes, reunieron mayor número de votos.

En la *Gaceta* del 21 se anunciaron y especificaron los referidos fallos, y se invitó á los poetas cuyas composiciones habian alcanzado dicha honorífica mencion á prestar en el término de 15 dias su consentimiento para la impresion de que arriba se ha hecho mérito, facultando á la Academia para publicar sus nombres.

Habiendo respondido todos á dicha invitacion, es llegado el momento de declarar que los comprendidos en ella son el Excmo. señor baron de Andilla y los señores don José María de Somavía, residente en Sanlúcar de Barrameda, don Antonio Aparisi y Guijarro, don Miguel Agustin Príncipe, don Julian Romea y don Raimundo Miguel, que reside en Búrgos.

A todos los que han obtenido una ú otra de las expresadas distinciones y se hallan en Madrid, y asimismo al Excmo. señor marqués de Morante, autorizado para representar á dicho señor don Raimundo Miguel, ausente, se ha convocado para asistir á esta solemnidad.

En seguida, segun el ceremonial acordado, se llamó al señor don Joaquín José Cervino, autor del poema premiado, y al señor don Antonio Arnao, que habia escrito el honrado con el *accesit*, para leer desde la tribuna algunos trozos de sus obras respectivas, ya que su mucha extension no permitia la íntegra lectura de ellas. A ruego de los interesados fueron suplidos para esta formalidad, el primero por el Excmo. señor don Ventura de la Vega, y el segundo por el señor don Manuel Cañete, académicos de número uno y otro.

Inmediatamente el Excmo. señor ministro, presidente, el Excmo. señor director de la Academia y el que suscribe, se acercaron á SS. MM., que de manos del primero se dignaron recibir dos ejemplares de cada uno de los citados poemas.

Cumplidas previamente las otras condiciones del premio y del *accesit*, faltaba la mas satisfactoria de todas para los premiados, el recibir de la real mano de S. M. la reina de España Doña Isabel II, el señor Cervino la medalla de oro, y el señor Arnao, así como los agraciados con mencion honorífica cuyos nombres quedan arriba expresados, las certificaciones correspondientes. Llamados uno á uno por el secretario, les otorgó S. M. tan señalada honra, por la cual el señor Cervino en su nombre y en el de los otros ingenios laureados, leyó sumamente conmovido las cláusulas que copio:

« Señora: ¿qué podré yo decir en tan alta ocasion cuando siento embargado mi espíritu por el profundo respeto debido á V. M. y al rey su augusto esposo (Q. D. G.); confusa mi imaginacion ante el egregio concurso de los grandes del Estado, de los supremos consejeros de la corona, uno de los cuales tan bondadoso acaba de mostrarse conmigo; pasmado mi entendimiento con ver de cerca generales insignes que de victoria en victoria han guiado los españoles ejércitos; inundada mi alma en la mas pura alegría, contemplándome favorecido con una honra que ambicionaba tanto mas, cuanto menos digno de ella me creia?

¡Ah, Señora! En el instante mas solemne y satisfactorio de mi vida sé que el silencio y las lágrimas serian el mejor intérprete de los dulcísimos sentimientos que inundan en tropel mi pobre corazon, no acostumbrado á gratas emociones. Pero no soy solo. V. M. encuentra ahora, puestos á sus reales piés, á mis hermanos, á mis maestros en el arte de pulsar la hispana lira. En su nombre hablo: nueva honra que me envanece y aumenta mi confusion.

Ante todo rendimos gracias á Dios, Señora. El ha dado corona de triunfos á nuestra patria; El protege visiblemente la preciosa vida y el trono augusto de V. M.; El ha concedido los dones de prudencia y consejo á los repúblicos y á los gobernantes, de sabiduría y fortaleza al insigne caudillo, á los ilustres jefes, á los valientes y sufridos soldados, á los impertérritos marinos; El ha proporcionado el heróico asunto; El dictó á la real Academia española, tan benemérita de la patria literatura, el acuerdo (para mi venturosísimo), origen de la satisfaccion que nos subyuga ahora; El ha hecho descender desde el cielo para guiar nuestras plumas al ángel de las poéticas inspiraciones. ¡Bendito, bendito sea!

Pero si á Dios principalmente el honor y la gloria, á V. M. debemos amor, lealtad y gratitud sin límites por madre, tanto como por reina de esta nacion generosa,

y por la proteccion especial que le merecen las ciencias, las artes, las letras, todos los ramos de la civilizacion. No hacemos hoy pues sino recordar á V. M. el homenaje de tan ingénuos sentimientos, acrisolados en los hidalgos pechos españoles, no de ahora, sino de cuando V. M. vió por primera vez la hermosa luz del sol de España desde el inquebrantable solio de sus ínclitos predecesores.

Uno de ellos, hoy recordado como santo por la Iglesia católica, presentará sin duda sus merecimientos ante la Omnipotencia Divina, para que continúen, para que se aumenten, si tanto es posible aun, las satisfacciones de V. M., que no son otras sino las satisfacciones de la patria.»

Seguió al preinserto discurso otro pronunciado por el Excmo. señor don Francisco Martinez de la Rosa, director de la real Academia, concebido en los términos siguientes:

« Señora: La real Academia española, que debió su nacimiento al fundador de vuestra augusta dinastia, que ha florecido desde entonces á la sombra del trono, y que recientemente ha recibido de vuestra excelsa mano señaladas muestras de proteccion y munificencia, no hace mas que pagar un justo tributo al ofrecer á V. M. su respetuosa gratitud en este acto solemne.

¿Ni qué ocasion mas á propósito para verificarlo? Háse disputado alguna vez, y por el mas insigne de los ingenios, acerca de la supremacia de las armas y de las letras; pero en la coyuntura presente unas y otras se hallan hermanadas, ó por mejor decir, su triunfo es uno mismo. Los valientes acaban de vencer en los campos de batalla, y los poetas se apresuran á cantar sus preclaros hechos.

La real Academia española adivinó por su propio instinto cuál era el sentimiento de la nacion, decidido, unánime, cuando se trata de vengar ultrajes y restaurar la antigua fama; no habiéndose borrado todavía los sentimientos que engendró la sangrienta cruzada de ocho siglos, que se inauguró en una cueva de Asturias y se coronó en las torres de la Alhambra.

A V. M. cabe gran parte de las recientes glorias, pues son públicos los testimonios que ha dado de amor á sus pueblos, y lo dispuesta que se hallaba á hacer en favor de tan sagrada empresa los mas costosos sacrificios. Nuestros valientes lo sabian aclamando el nombre de V. M. al arrojarse á la pelea; nuestros ingenios lo repiten al celebrar sus triunfos.

Los que han tenido la envidiable dicha de obtener el disputado premio le consideran de mayor estima recibíndole de la augusta mano de V. M., no solo porque rige un poderoso cetro, sino porque ha enjugado tantas lágrimas y derramado tantos beneficios.

Siga V. M. por la emprendida senda, protegiendo las ciencias y las letras; que ellas no son egoístas ni ingratas, y á la par que engrandecen á las naciones inmortalizan á los príncipes. Luis XIV, Leon X y el augusto abuelo de V. M., el buen Carlos III (que este modesto nombre asienta bien á un rey), debieron á tan noble origen gran parte de su fama.

¿Y qué no ha de prometerse la nacion al ver á V. M., á su augusto esposo, á toda la real familia acoger con especial benevolencia á los que se dedican á las letras, patrocinar útiles establecimientos y cultivar las nobles artes, no con la superioridad de príncipes, sino con amor y cariño? Señora, el corazon se ensancha al columbrar el sello de prosperidad y de gloria con que el dedo de la Divina Providencia parece marcar vuestro reinado.»

Invitadas SS. MM. por el Excmo. señor director del Conservatorio, tuvieron á bien aceptar el refresco preparado en otra sala del establecimiento, y la honra de acompañarles, además de las personas de su alta servidumbre, los señores ministros presentes al acto, individuos del cuerpo diplomático y otros de distincion en diversas carreras, y sus señoras, los miembros de esta corporacion y los poetas laureados.

Entre tanto se distribuyeron al auditorio ejemplares de los dos poemas honrados con el premio y el *accesit*.

Entrando de nuevo en el salon principal SS. MM., los profesores y alumnos del Conservatorio ejecutaron la cantata titulada *la Guerra de Africa*, que con motivo de otra solemnidad igual á la presente escribió el mencionado señor don Ventura de la Vega, y puso en música el señor don Hilarion Eslava; con lo cual se terminó esta sesion de que certifico.

Madrid 1º de junio de 1860.—MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Atentado del 7 de junio en Tolosa (Francia).

La ciudad de Tolosa se halla bajo la impresion de un atentado sin precedente. El motivo que le inspiró y la audacia con que ha sido ejecutado, han llenado de dolorosa sorpresa á toda la ciudad, y sobre todo á los que pueden diariamente apreciar las causas de su respetuoso afecto á los magistrados contra los cuales iba dirigido el atentado.

El juéves 7 de junio á las dos de la tarde, en el momento en que la segunda sala del tribunal imperial suspendia su audiencia y se retiraba al salon del consejo, se oyó en la audiencia una fuerte detonacion.... acababan de tirar un pistoletazo á quemarropa contra los miembros del tribunal.

El arma estaba cargada hasta la boca y reventó en manos del asesino, esparciendo sus restos que barrieron

y quemaron los papeles depositados en la barra. Por fortuna no hubo que deplorar desgracia alguna: la bala, pasando al lado del consejero M. Solomiac, se metió en las paredes.

El autor de este crimen fué preso inmediatamente por las mismas personas que estaban en la audiencia, y llevado á los piés del tribunal, fué juzgado en el acto segun las prescripciones de la ley. Se llama Casimiro Guilhem, y es de Graulhet (Tarn). Interrogado sobre el motivo de su crimen, declaró que no abrigaba odio ni enemistad contra los miembros del tribunal y que ni siquiera los conocia, pero que habia querido vengarse de la segunda sala, porque sus magistrados habian interpretado mal los artículos 1º, 1681 y 1677 de las leyes del imperio.

M. A. Fourtanier, uno de los abogados presentes, fué encargado de oficio de la defensa de Guilhem, á quien presentó elocuentemente como un loco que habia obrado sin conocimiento; y apoyó este sistema con algunas declaraciones.

El tribunal entró en deliberacion, y pronunció á las siete y media una sentencia que, admitiendo circunstancias atenuantes, condena á Guilhem á trabajos forzados por toda la vida.

V. G.

Inauguracion

DEL CAMINO DE CANTAGALLO EN EL BRASIL.

El Brasil se distingue desde hace algunos años por sus aspiraciones á las grandes empresas industriales.

Seguramente, uno de los medios mas eficaces para favorecer la colonizacion, es el de las vias férreas, que partiendo de los puntos importantes de ese vasto imperio, penetren en las fértiles regiones que solo esperan el trabajo humano para dar al hombre el bienestar y la riqueza.

Vamos á trasportar á nuestros lectores á la reciente inauguracion de una de ellas en la opulenta provincia de Rio Janeiro.

No intentaremos trazar aquí el cuadro encantador de la bahía de Rio; lleguemos sin tardanza al puerto de Sampaio, donde deben desembarcar los convidados á la inauguracion del ferro-carril de Cantagallo.

Desde hace largo tiempo esta interesante localidad, una de las mas ricas en café, esta California siempre creciente del Brasil, habitada por ricos *fazendeiros* y por una colonia europea que hace prosperar una temperatura en armonía con su origen, despertaba la solicitud del gobierno bajo el punto de vista de la facilidad de las comunicaciones, cuando unos capitalistas y hacendados influyentes concibieron la feliz idea de formar bajo su responsabilidad una sociedad anónima para la construccion de una via férrea que pusiera en comunicacion el puerto de embarque con el puerto de la Serra de Friburgo.

Este pensamiento lleno de porvenir fué recibido con entusiasmo por el gobierno provincial, el interés del capital garantizado por él, y treinta meses despues de la celebracion del contrato, gracias á esta generosa iniciativa, gracias sobre todo á la incansable actividad del vizconde de Babacena, gerente de la empresa, así como á la habilidad de los ingenieros Cox y Williams, el público sorprendido supo que iba á tener lugar la abertura de un nuevo camino de hierro sobre un trayecto de 25 millas.

El dia designado, 22 de abril último, una muchedumbre numerosa se habia dirigido á las inmediaciones del embarcadero establecido en el puerto *das Caixas*, pueblecillo pintorescamente situado en un cerro que domina el rio, donde una porcion de embarcaciones reciben los cafés que bajan de Cantagallo.

La sorpresa de los habitantes del campo que acudian á esta fiesta, las banderas flotando al soplo de una suave brisa sobre las embarcaciones del rio, sobre los arcos de triunfo, sobre la calzada que los precede, el humo de las locomotoras anunciando á lo lejos la presencia del moderno Titan, el vapor, por medio de esas jóvenes comarcas, la serenidad de uno de los dias mas hermosos de los trópicos, la novedad, el paisaje y sobre todo el augusto concurso de Sus Majestades Imperiales, que parecen multiplicarse para fomentar todos los esfuerzos en favor de la felicidad pública, todo daba á esta escena verdaderamente interesante un aspecto de sencillez y de grandeza.

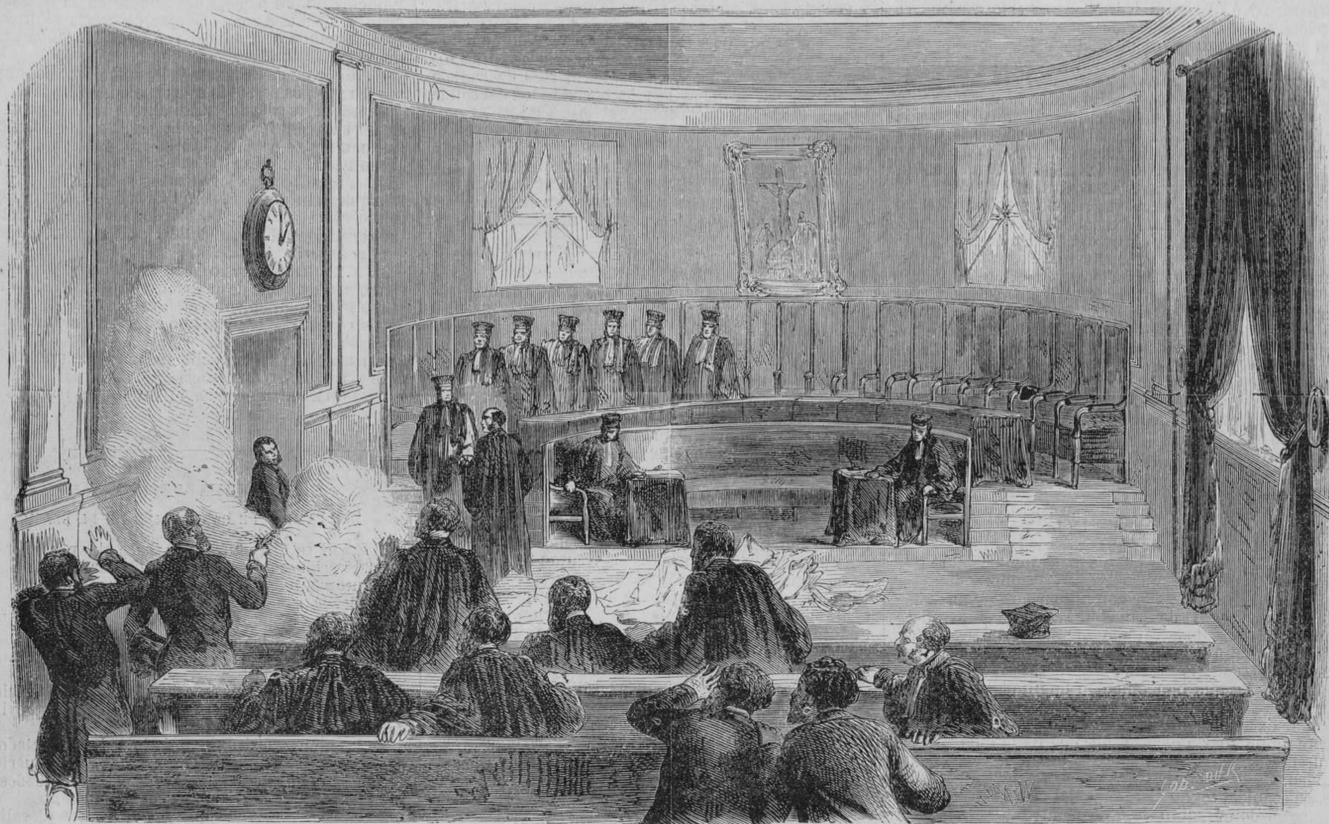
En breve el ruido de las campanas, las detonaciones de los cohets anunciaban que la ceremonia de la bendicion acababa de tener lugar, y pocos instantes despues el tren imperial emprendia su marcha en medio de los hurras entusiastas de la muchedumbre.

B. DE G.

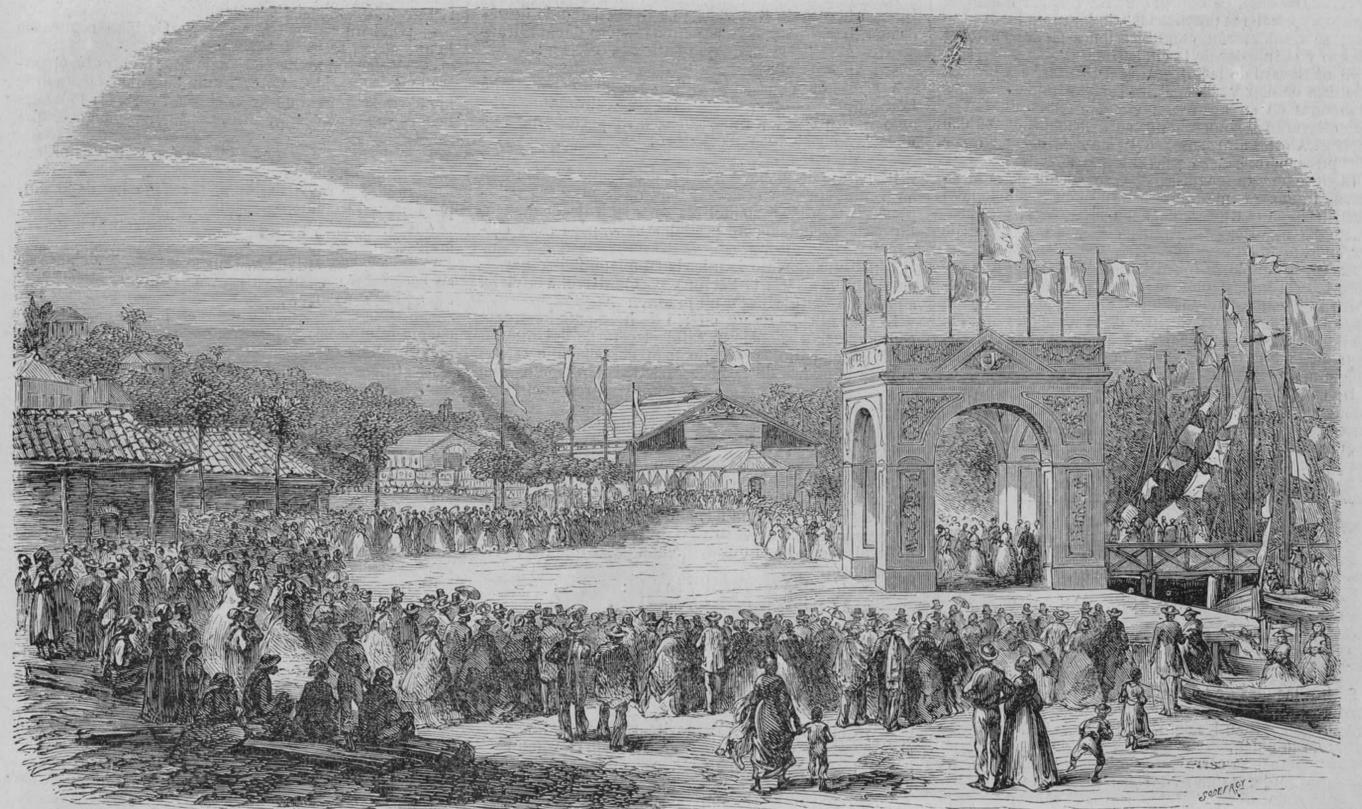
Proyecto de muelle en Argel adoptado por el gobierno.

El *boulevard de la Emperatriz* cuyo dibujo damos, será una via pública elevada delante de la ciudad de Argel á unos quince metros sobre el puerto, y que partiendo de la puerta de Francia para ir á llegar al fuerte Babazoun, es decir, los dos puntos extremos de la fachada de Argel, seguirá el contorno rectificado del nuevo recinto de la ciudad.

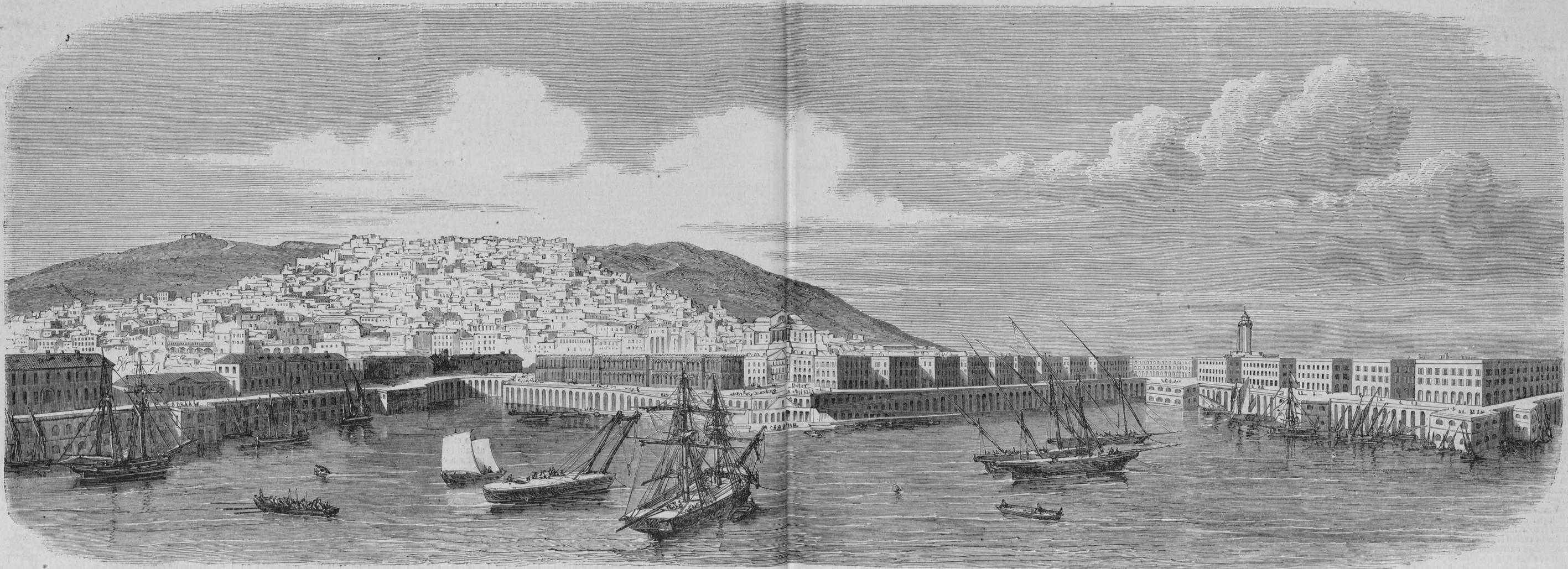
Sobre este magnífico *boulevard* que presentará un desarrollo de cerca de 2,000 metros de largo, se elevarán casas con fachadas monumentales, almacenes es-



TRIBUNAL IMPERIAL DE TOLOSA. — TENTATIVA DE ASESINATO DURANTE LA AUDIENCIA DE LA 2ª SALA.



INAUGURACION DEL FERRO CARRIL DE CANTAGALLO EN EL BRASIL.



EL PUERTO DE ARGEL.

paciosos, talleres, depósitos, etc. En fin, por medio de rampas y escaleras practicadas á lo largo de las murallas, se establecerán comunicaciones fáciles entre el puerto y el interior de la ciudad.

El boulevard de la Emperatriz descansará en toda su anchura de diez y seis metros, sobre grandes bóvedas repartidas en su altura en tres pisos de almacenes, que ofrecerán al comercio una superficie de 50 á 60,000 metros. A estos almacenes se entrará por el puerto por aberturas practicadas en las murallas.

El coste de esta magnífica obra se calcula en 7 millones de francos; suma que cubrirán una subvención del ministerio de la Guerra de 800,000 francos, y el producto del alquiler de los almacenes y de la venta de terrenos.

En un principio, la municipalidad de Argel que conoce toda la importancia de esta empresa, debía encargarse de llevarla á fin; pero por una feliz combinación cuyo honor le toca al ministro de la Argelia, en el día un inglés se encarga por un precio alzado de la ejecución de toda la obra, y ya ha depositado en garantía una suma de 400,000 francos.

De este modo, sin desembolsos y sin riesgos, Argel puede contar hoy con que dentro de cuatro ó cinco años estará realizada una obra de las más grandiosas, y que hará del aspecto de ese puerto uno de los mejores panoramas del mundo.

P. P.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ERCKANN CHATRIAN.

MARGARITA.

Serian las diez de la noche cuando los últimos bebedores salieron de la cervecería del *Cisne*.

Antonio siguió á los demás y bajó en silencio por las calles de la aldea.

Las ventanas se cerraban á lo lejos y se oían las voces de las mujeres que se daban las buenas noches.

Luego todo calló y Antonio se quedó solo en la calle sombría, con las estrellas sobre su cabeza, los árboles trémulos á su lado por las orillas del camino... mirando, escuchando y entregado á sus meditaciones.

¡Qué de cosas fugitivas nos revela la noche! Escuchad ese vago murmullo... ese gato que huye... ese pájaro que hace gorgoritos tan bajo, tan bajo... que solo puede oírle la garduña, siempre en acecho.

Al joven Antonio le gustaba la noche, andaba algunos pasos... se detenía... se volvía... aplicaba el oído... Las palabras de Conrado el tejedor, cuando miraba al cielo, acudían á su mente.

— ¡Conserva tu alma!... ¡Conserva tu alma!

Pero cuando miraba la tierra, cuando respiraba los suaves perfumes del otoño, de los henos cortados, de los árboles con follaje tostado, entonces pensaba en Margarita, en la hermosa Margarita, tan fresca, con sus labios húmedos y rosados, sus grandes ojos azules tan risueños, tan limpios... su risa tan sonora... ¡Cuán bella le parecía entonces, y cómo latía su corazón!

Figurábase verla correr de una mesa á otra echando cerveza en los altos vasos relucientes con el brazo levantado, blanco como el marfil... el talle fino, las dos trenzas de sus rubios cabellos colgando hasta su basquiña de color de amapola, con la dentadura brillante como el esmalte mas puro!

Margarita se reía con todo el mundo excepto con Antonio; apenas le veía entrar que se ponía seria; pero al mismo tiempo sus hermosos ojos azules tomaban tal expresión de ternura, que el corazón del pobre mozo se deshacía de amor... Perdía la respiración y articulaba palabras ininteligibles.

Antonio meditaba en todas estas cosas y veía también al anciano Reebstock, el padre de Margarita, con su enorme peluca gris, la mirada cándida, respirando bondad por todos los poros... y veía la taberna ennegrecida por el humo con sus vigas bajas... el reloj con esfera de porcelana... la lámpara colgada del techo, dorando los tostados semblantes de los Lebedores, hombres del campo, con el sombrero calado hasta los ojos, y el vaso de estaño en sus manos anchas y callosas.

— La vida está en la tierra, se decía; la vida de amor, de sentimiento, de gozo... El vino, la fruta, los perfumes... y Margarita... todo eso es la vida terrestre.

Y se estremecía pensando en la joven; y se la representaba con tal exactitud, que habría podido contar cada pliegue de su vestido, cada cuenta de su collar, cada inflexión de su franca sonrisa.

Nada escapaba á su imaginación; miraba las estrellas y veía á Margarita... Escuchaba la brisa, y oía la voz de Margarita... Margarita estaba siempre presente en todas las cosas... escuchando su pensamiento y respondiendo á él... ¡Oh! ¡amor!... ¡amor!... ¿quién eres?... ¿de dónde vienes?...

Y Antonio caminaba así en medio de la noche luminosa por detrás de la aldea, pasando al lado de las zarzas, recorriendo los senderos, desembocando en la llanura recién segada, mirando las casitas con sus construcciones extrañas, irregulares, sus escaleras exteriores, sus balastradas carcomidas, sus corrales, sus tejados salientes... ¡todo bañado de sombras negras, misteriosas!...

Dando un rodéo inmenso había venido á encontrarse junto á la casa de Reebstock; se había detenido detrás de ella, bajo la ventana de Margarita y se decía mirando al ventanillo redondo que da luz al interior:

— ¡Ahí está ella!...

Y pensando que estaba allí, su espíritu penetraba tanto, que un observador habría supuesto que miraba algo muy extraño, muy curioso... pero no miraba nada... no hacía mas que pensar:

— ¡Ahí está ella!...

De lo alto de la bóveda del cielo la luna blanqueaba su frente, surcaba el arco de sus ojos, plateaba su ligera barba rubia y se deslizaba por su traje de artista, un poco descuidado, un poco flotante... pero muy elegante y pintoresco.

Tenia en la mano izquierda su ancho fieltro pardo, cuya pluma barria la tierra, y con la derecha enviaba su alma á Margarita en un beso...

Luego, al cabo de un cuarto de hora pasado en esta contemplación silenciosa, saltó el cercado del huerto, entró en el patio, y viendo á la derecha que estaba abierta la puerta de la cervecería, viendo la cuba que redondeaba en la sombra su ancho vientre con círculos rojos; teniendo á su derecha el banquillo del trabajo, el hacha de mango corvo que proyectaba en las tinieblas un azulado resplandor; el cepillo, las tenazas, todos los utensilios del tonelero, y mas allá el lugar alumbrado con los rayos oblicuos de la luna, se adelantó lentamente, respirando el olor un poco áspero del lúpulo y de la uva que fermenta.

Pero no se oía el ruido mas mínimo; la ventanilla de lo alto de la techumbre dejaba pasar una luz suave y melancólica.

Se sentó sobre un barril y se dijo:

— ¡Ah! ¡qué bien se está aquí!

Y miraba en el fondo la empalizada donde serpentea un feston de yedra, los cubos del corral donde comen las gallinas, la puerta del lavadero á la izquierda; y todo esto, porque Margarita se paseaba por allí á menudo, tomaba á sus ojos una significación singular, un encanto indecible.

— ¡Ah! pensaba, si Margarita saliera un instante, si yo pudiera verla á estas horas, tendría valor para decirle: ¡Margarita, te amo!... ¡Sí, tendría valor para decirselo!...

Y en esto pasaba el tiempo hacia una hora, sin resolverse á marcharse, cuando vino á resonar por fuera un ruido extraño. Antonio levantó la cabeza; este ruido se parecía al que hace la lengua de un bebedor cuando saborea el mejor johannisberg del mundo.

— ¿Qué es eso? exclamó el pintor desliziéndose en el corral con prudencia. Allí oyó el mismo ruido repetido tres veces.

Antonio daba vueltas y mas vueltas sin atinar. Por fin tuvo la idea de separar el follaje de un arbusto, y vió al pié de la pared exterior al loco Kasper-Noss sentado sobre la yerba, con las piernas abiertas, la camisa caída sobre el hombro, su viejo pantalon de lienzo remendado colgando de un tirante y su sombrero mugriento entre las rodillas, lleno de ricas uvas que sin duda acababa de robar en aquel contorno.

Kasper parecía estar muy contento; su frente bombeada, sus gruesos pómulos y su nariz chatá refucian de satisfacción. El era quien hacia aquel ruido con la lengua.

Alzaba los racimos enteros y los suspendía sobre su boca; su garganta replegada se hinchaba de gusto.

— ¡Ja, ja, ja! exclamaba tragando las uvas.

Altas ortigas se inclinaban en su derredor en la sombra de la pared, y algunos cardos secos estaban de centinela á sus piés.

— ¡Ah! ¡tunante! le dijo Antonio; ¿con que así pasas las noches?

El loco volvió la cabeza, sus ojos se plegaron con aire burlon, y sin soltar la punta del racimo, continuó:

— ¡Ja, ja, ja! ¿Eres tú, Antonio?... Prueba estas uvas.

— ¿De dónde las traes?...

Kasper extendiendo la mano respondió:

— Allá lejos... se encuentran.

— ¡Cómo!... ¿Las has robado en la viña de Reebstock?

— Sí, Antonio, respondió Kasper sencillamente.

— ¿Y si yo te denuncio?

— No lo harás.

— ¿Porqué?

— Porque tendrías que decir á qué hora me has visto.

Y al pronunciar estas palabras Kasper-Noss torció los ojos de una manera singular; se echó á reír, y el artista despachándose á saltar la empalizada murmuró:

— ¡Tiene razon... tiene razon el loco!

Mas en el instante en que se escapaba, Noss le cogió de la chaqueta exclamando:

— ¡Alto, ladrón, alto!... te he cogido; acabas de robar el alma de Margarita.

Antonio se puso pálido.

— Déjame.

— No, siéntate aquí.

— Te lo pido por favor...

— Come de estas uvas.

— Escucha... voy á gritar...

— Dame una pipa de tabaco, Antonio, y haré que salga Margarita, dijo Kasper con ese tono extraño de la locura, lleno de extravío y de convicción... Margarita te ama, no piensa mas que en tí... Mira, añadió alzando el dedo, escucha... está soñando en su cuartito... está diciendo: «¡Antonio!... ¡Antonio!... ¡te amo!...»

El loco había soltado á Antonio; pero este ya no

pensaba en huir, sino que escuchaba las palabras de Noss con una alegría infinita.

— ¡Oh! mi querido Kasper; ¿estás bien seguro de lo que dices? murmuró con voz trémula.

— ¿Y porqué no he de estarlo?... ¿No eres tú el mejor mozo de la aldea?... ¿No me das tabaco cuando te lo pido y las pipas que no te sirven?... Sí, sí; todas las noches sueña contigo... Mira, siéntate, voy á hacer que salga.

Antonio como fascinado se sentó... Entonces el loco le presentó un racimo.

— Come, le dijo; bastantes veces me has dado pan, para que yo te haga un regalo.

Antonio tomó algunas uvas por pura complacencia... eran exquisitas.

Noss se reía; juntando entonces las manos delante de su boca soltó un grito gutural, el canto de la codorniz cuando se despierta...

Era tan exacto, que á lo lejos en los campos una codorniz se engañó, y figurándose ver el día en medio de la noche, cantó tres veces.

— ¿Qué haces? preguntó el joven.

— Hago adelantar la hora, respondió Noss muy alegre; son las cuatro al rededor de la cervecería.

En efecto, repitió varias veces el mismo grito á largos intervalos, y los campos del contorno parecían animarse con mil ruidos confusos.

— Déjame, decía á Antonio, déjame y verás salir á Margarita... el viejo tiene el sueño pesado y no se despertará.

Y entonces inclinándose sobre la empalizada Noss imitó el primer canto del gallo, ronco por la niebla... canto extraño, lento y grave... se habría creído ver al gallo sacudiendo sus plumas y estremeciéndose en el gallinero...

Cinco ó seis gallinas bajaron al corral y se pusieron á mirar la luna.

— Bribón, murmuró Antonio; ¿quién ha podido enseñarte tales astucias?

Pero Kasper-Noss riendo le dijo en voz baja:

— No me interrogues, ¡estoy loco!

Las gallinas conociendo su error, quisieron volver á subir al gallinero; pero el loco que rebosaba malicia, las ahuyentó y las persiguió haciéndolas cacarear.

Luego súbitamente imitó el canto de la alondra que saluda la luz del día.

Este canto estaba tan impregnado de amor, que Antonio con los ojos húmedos de lágrimas exclamaba:

— ¡Oh, Margarita!... ¡ven; ven, Margarita, amor mio!... ¡mi júbilo... mi vida!... Mi corazón canta por tí... ¡yo soy quien te llama!...

Se había vuelto al corral y con la espalda apoyada en la pared y la cabeza inclinada, pensaba en Margarita, mientras el loco proseguía sus cantos.

Ahora bien, Margarita un poco sorprendida, había oído entre sueños el canto de la codorniz; pero no se había fijado su atención... luego había oído el gallo... y no lo había creído.

Después al oír las gallinas sus ojos se habían abierto. Ninguna luz brillaba todavía en el ventanillo, y había dado una vuelta en la cama, pensando en Antonio.

Por último, cuando oyó la alondra, cuando aquellas notas tiernas y suaves llegaron á su alma, entonces levantándose lentamente, se dijo:

— ¡Ya es de día!

Y se puso su basquiña corta y corrió á abrir la ventana.

Antonio la había oído levantarse... y temblaba... Habría querido huir... pero en el momento en que la ventana se abrió, desapareció toda su timidez; se inclinó hácia ella, y á pesar de un grito apagado que dió la joven, cogiendo su mano la dijo:

— ¡Oh!... ¡Margarita, Margarita!... ¡te amo!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, le flaquearon las piernas. Margarita como vuela como una tórtola sorprendida en su nido, con las megillas ardientes, decía balbuceando:

— ¡Antonio... querido Antonio!...

No pudo decir mas, pues la ventana de Reebstock se abrió de repente y resonó en las tinieblas un juramento terrible, un verdadero juramento alemán seguido de estas palabras:

— ¿Qué es lo que veo?

Todos se consternaron. Antonio y Margarita cayeron en los brazos uno de otro, y luego se separaron espantados de lo que acababan de hacer.

Noss con los brazos levantados en el aire huía á toda prisa imitando los gritos del pato perseguido por un perro entre las cañas. Su voz gangosa resonaba á lo lejos. Había de qué reír, pero Reebstock no se reía. Por esto el pintor, calándose el sombrero saltó la empalizada y echó á correr por las huertas, en tanto que Margarita cerraba temblando la ventana.

— ¡Ah! tunante, gritaba Reebstock con el puño cerrado, ya me la pagarás.

Y el perro del vecino, despertado con aquel ruido, ladraba sacudiendo su cadena.

Antonio siguió corriendo hasta el amanecer, y repetía como en un sueño.

— ¡Margarita, Margarita, te amo!

Y luego añadía:

— ¡Antonio... querido Antonio!...

Y se creía el mas feliz de todos los mortales.

A eso de las cinco entró en su casa, y cuando se acostó en su cama estrecha, pensaba que el viejo Reebstock podía haberle reconocido y que le cerraría la puerta de su casa, y este pensamiento le puso muy triste.

Al otro día su tristeza era mas grande todavía.

— No hay nadie tan desgraciado como yo, se decía; el viejo Reebstock juerrá vengarse.... Quizá no veré mas á Margarita... si pudiera verla otra vez... pero no me atreveré á pasar por su calle...

Y reflexionando en estas cosas tristes, bajó la escalera y echó á andar al acaso, mirando de lejos la cervecería, la veleta y el rótulo.

Nada parecía cambiado... todo parecía estar como de costumbre.

El pastor bajaba la aldea tocando la zampoña y seguido de una fila de cabras y de puercos... Las muchachas iban á la fuente con el cántaro bajo el brazo, y Kasper-Noss tendido sobre el banco de la casa comun dormía tranquilamente de espaldas al sol.

A fuerza de mirar Antonio se habia acercado llevando debajo del brazo su cartera, y pasaba por delante de la cervecería sin atreverse á volver la cabeza, cuando se oyeron repetidos golpes en los cristales, que le hicieron detenerse.

— ¿Me llaman á mí? exclamó espantado.

Las ventanas de la sala estaban abiertas, y ya habia en las mesas muchos bebedores: el burgomaestre Weinland con su gruesa fisonomía muy colorada, su ancho fieltro plantado sobre la nuca, y su alto baston de cepa de viña entre las piernas; el sastre Ziusmer con su camisola gris, la nariz manchada de tabaco, el gorro verde caído á la derecha; el barberillo Spitz con su vacía de estaño sobre la mesa al lado de la botella, el rostro risueño, el pelo acomodado en pirámide, segun la antigua moda francesa, y otros varios.

La vieja Berbel arreglaba pucheros de leche cuajada detrás del hornillo, y anchos rayos de sol, chispeantes de átomos, se extendian á lo largo de las mesas y bajo los banquillos.

Antonio entró muy desasosegado.

Reebstock vestido con su casacon de botones de acero, estaba sentado junto á la caja del reló, enfrente de la puerta.

Margarita cerca de la ventana cerraba los ojos.

Todo el mundo hablaba... Nadie parecia pensar en nada; pero en el instante en que el pintor apareció en el umbral, Reebstock alzó los brazos hácia él exclamando:

— Antonio; ¿amais á mi hija Margarita?

El jóven se puso pálido; abrió la boca para responder y no pudo proferir una palabra.

Reebstock con acento franco repitió:

— ¿Amais á mi hija Margarita?

Todos se habian quedado atónitos. Cada cual con el vaso en la mano permanecia en la actitud que tenia antes mirando alternativamente á Antonio, á Margarita y á su padre.

Por fin el pintor, con una voz sofocada por los latidos de su corazon, contestó diciendo:

— ¡Dios mio! ¡si la amo!...

Y echó á Margarita una mirada tan suplicante, que la jóven corrió á él, y arrojándose en sus brazos se desahizo en lágrimas.

Entonces el viejo cervecero soltó una carcajada exclamando:

— ¡Ja, ja, ja!... ya sabia yo que se querian; nadie me engaña á mí.

Y todos los presentes viéndole reir de aquel modo, le imitaron y dijeron:

— El viejo Reebstock es muy astuto.... ¡lo sabia todo!...

— Pues entonces, repuso el cervecero, ya que la quieres tanto... llévatela... ¡qué diantre!... llévatela y cástate con ella... pero quedate conmigo... en mi casa.

Y luego añadió en tono más solemne y sentándose:

— Está corriente... os casareis dentro de quince dias. A lo cual todos los presentes replicaron:

— ¡Dentro de quince dias tendremos boda!

Y así fué.

Ahora bien, Reebstock tuvo nietos y nietas que meció largo tiempo en sus rodillas.

Mas tarde, cuando ya estaba muy achacoso por causa de la edad, dijo á su yerno y á su hija:

— Hijos míos, deis saber una cosa; si todos somos felices debemos dar gracias á Dios. Yo oí el canto del gallo antes de amanecer, y cuando miraba al cielo que estaba oscuro, vi á Margarita abrir su ventana. Entonces tuve ideas de enfadarme... pero la Providencia me guió: «Cásalos pronto, me dijo, no sea que se casen ellos solos.»

Antonio y Margarita admiraron la sábia prevision del anciano, y dieron gracias al Señor que gobierna todas las cosas de este mundo del modo mejor y mas conveniente.

FIN DE «MARGARITA.»

Memorias de infancia.

¡Edad de flores,
Infancia mia,
Cuán bella un dia te miré lucir!
Poblado, memorias,
Mi pensamiento;
Ya el pecho siento de placer latir.
¡Oh cuán alegre
Cuando á los prados
Arrebolados del primer albor,

En mi Granada
Niño salía
Y el sol abría para mí y la flor!
Las balsaminas
En su follaje,
Con su ramaje el trepador jazmin,
Dábanme abrigo,
Dábanme flores,
Dábanme olores y placer sin fin.
¡Cuánto ¡ay! entonces
Grato embeleso
Del aura al beso el corazon debió,
Y á los frescores
Que en el rocío
Trémulo y frio al revolver bebí!
Cuando inocente
La pradería
Fugaz corria en ilusion pueril,
Se iban conmigo,
Do quier girando,
Mi sien oreando mariposas mil.
Era mi encanto
Seguir sus alas,
Mirar sus galas relucir al sol,
Su corcelete
De azul brillante,
De oro y diamante en vario tornasol.
En red de sedas
Las tortolillas
Prender sencillas y arrullar despues,
Rubis los ojos;
Cual las espumas
Del mar, sus plumas; de coral los piés:
Sobre los bordes
Del hondo algibe,
La hada que vive en su cristal llamar,
Y allá en su armónico
Encantamiento
Oirla á mi acento con amor clamar;
Luego una á una
Flores la daba,
Y que enviaba á recibirlas ví,
Cándido niño
Que sonreía
Y otras vertía, sin llegar á mí.
¡Oh! eran delicias
Tarde y mañana,
La vida ufana un infinito bien;
Las noches, cuentos
De genios y hadas,
Horas soñadas en divino Eden.
¡Edad de flores,
Infancia mia,
Cuán bella un dia te miré lucir!
Poblado, memorias,
Mi pensamiento;
Ya el pecho siento de placer latir.
¿Dónde scis idas,
Claros auroras,
Brisas sonoras del nativo hogar,
Playas de nácar
Y de algazules,
Ondas azules de mi patrio mar?
¿Dó están aquellas
Aves galanas
Que en las mañanas con desden gentil
Las gayas plumas
En arco abrian
Y al sol lucian sus estrellas mil?
¿Las golondrinas
Que me arrullaban
Cuando tornaban al postrer fulgor,
Por mis balcones
Revoloteando,
Y al aire dando desigual rumor?
¿Dónde está aquella
Sacra colina
Que el mar domina, á quien se postra el mar,
Cuya apacible
Cumbre corona
De la Madona el venerado altar? (1)
¿Mis azoteas
De fresco ambiente,
Donde al poniente lánguido arrebol
Aves y velas
En lejanía
Blanquear veía despidiendo al sol?

(1) En Cartagena. — «E famoso il suo santuario della Madonna della Popa, in un colle vicino quasi 3 miglia, dove vanno a piedi quegli abitanti a farvi frequenti visite devote. Le navi che arrivano, subito che scoprono da lungi la chiesa della Madonna, la salutano con una salva d'artiglieria.»

(GIANDOMENICO COLETTI.)

¿Y aquellas noches
De clara luna
Sin nube alguna, cual plateado tul,
Y aquellas trovas
De los naucleros
Por los pesqueros de la mar azul?
¿Y mas que todo
Canto y sonido,
Dulce á mi oído la amorosa voz
Con que mi madre
Me adormecía
Y mi alma hacia delirar precoz?
¡Ay! ¿dónde hallarlos,
Dónde se fueron,
Porqué me hicieron tan feliz ayer?
Do quier los buscan
Mis tristes ojos,
Y hallan enojos y dolor doquier.
Tiernas caricias
Que el alma llora,
¿Dó estais ahora que infelice soy?
Dame tus brazos,
Dame tu seno,
Oh madre, lleno de tus mimos hoy!
¡Edad de encantos,
Infancia mia,
Cual flor de un dia te miré lucir!
Tristes memorias,
Dejad mi mente,
Mi alma se siente á vuestra voz morir!

JOSE ANTONIO CALCAÑO.

Caracas, 1859.

La procesion de los penitentes grises en Aviñon.

Esta procesion que solo tiene lugar cada veinte y cinco años, fué fundada en 1226 por Luis VIII, rey de Francia y padre de san Luis, en reparacion de los ultrajes hechos al Santísimo Sacramento por los albigenses. En el dia nos separan seis siglos, seis abismos, de la época de aquella piadosa fundacion, y sin embargo, la procesion sale con su pompa tradicional, quizá con mas brillo que antiguamente. El Mediodia de la Francia conserva aun y conservará sin duda largo tiempo, á despecho de todas las revoluciones, su fisonomía particular, italiana y de la edad media, donde se ve mezclada la afición á los espectáculos con las creencias religiosas. Esta inclinacion hácia el culto exterior es sobre todo notable en Aviñon, esa segunda Roma, semejante aun á la primera por el recuerdo de sus papas, la fecha de sus monumentos, la hermosura de su cielo, la de sus mujeres, y un no sé qué que indica al viajero que la ciudad es francesa por razon y por conveniencia, pero que pertenece de corazon á otras costumbres y otro horizonte.

Sea como quiera, un extranjero que hubiese entrado el domingo de la fiesta en la antigua ciudad papal, contando hallar medio desierta esta pobre capital en la que habia antes de la peste de 1765 cerca de cien mil habitantes, y donde apenas existen treinta mil, se habria sorprendido hasta lo sumo, y se habria creído trasportado á tiempos muy remotos. Desde el amanecer todos los caminos que conducen á Aviñon, desde el ferrocarril de Marsella hasta los senderos que cruzan los olivares y las viñas de la cuesta de Villanueva, estaban llenos de una alegre muchedumbre que formaba ya la procesion mas pintoresca. Los carros cubiertos, esos vehículos primitivos, surcaban los caminos abrigando bajo su toldo los semblantes mas bonitos del mundo. Las arlesianas, esas reinas legítimas de toda fiesta meridional, llegaban á pié del desembarcadero, dándose las manos y ofreciendo á la admiracion de los inteligentes ese doble tipo de belleza griega y gala que ha conservado su sangre á través de los siglos en toda su pureza.

A las doce del dia una poblacion forastera de mas de 50.000 almas, añadida á la poblacion indígena, hacia ascender la cifra total de los habitantes á las mejores épocas de la civilizacion aviñonesa. Toda esa muchedumbre se apiñaba en las calles buscando un poco de sombra, pues el calor era insufrible. Todas las campanas de la ciudad, que el Petrarca llamaba sonante, anunciaban con sus continuados sonos la funcion de la tarde; por fin, á eso de las cuatro se abrió la capilla de los penitentes grises y principió la procesion, haciendo lo que llaman en el país la *vuelta de las tiendas*, esto es, el trayecto de las calles protegidas por las tiendas de los ardores del sol.

Mientras tuvo que circular por callejuelas estrechas y tortuosas, fué difícil juzgar su efecto; pero así que salió por la calle que da á la plaza del Palacio de los papas, y se extendió lentamente por esa plataforma que domina el gigantesco edificio; cuando se pudo ver esa *teoría* cristiana en toda su magnificencia con su doble hilera de cirios, incensarios, pendones y estandartes, por la rampa adornada de árboles que conduce á la catedral; cuando el magnífico palio bajo el cual llevaba el Santo Sacramento el arzobispo, apareció á la esquina de la plaza dando fin á la procesion, cuya cabeza llegaba ya á la cumbre de la roca de Doms, una emocion profunda se apoderó de todas las almas, y todos los espectadores convinie-



PROCESION DE LOS PENITENTES GRISES EN AVIÑON,
fundada por el rey Luis VIII.

de la roca que se escalona en el horizonte, todo estaba cubierto de fraes negros, blusas grises, sombreros de paja y vestidos blancos; las sinfonías militares, los cantos de los coristas y de los levitas subían hácia el cielo con el incienso y el perfume de las flores que esparcían por todas partes. El marco era digno del cuadro; ese momento solemne es el que se ve reproducido en nuestro dibujo.

Después de un discurso pronunciado por un misionero, cuya voz sonora atravesaba ese inmenso espacio, la procesion volvió á bajar á la ciudad, y en breve, gracias al crepúsculo, un nuevo elemento de curiosidad vino á reanimar la atencion; comenzaron á brillar las

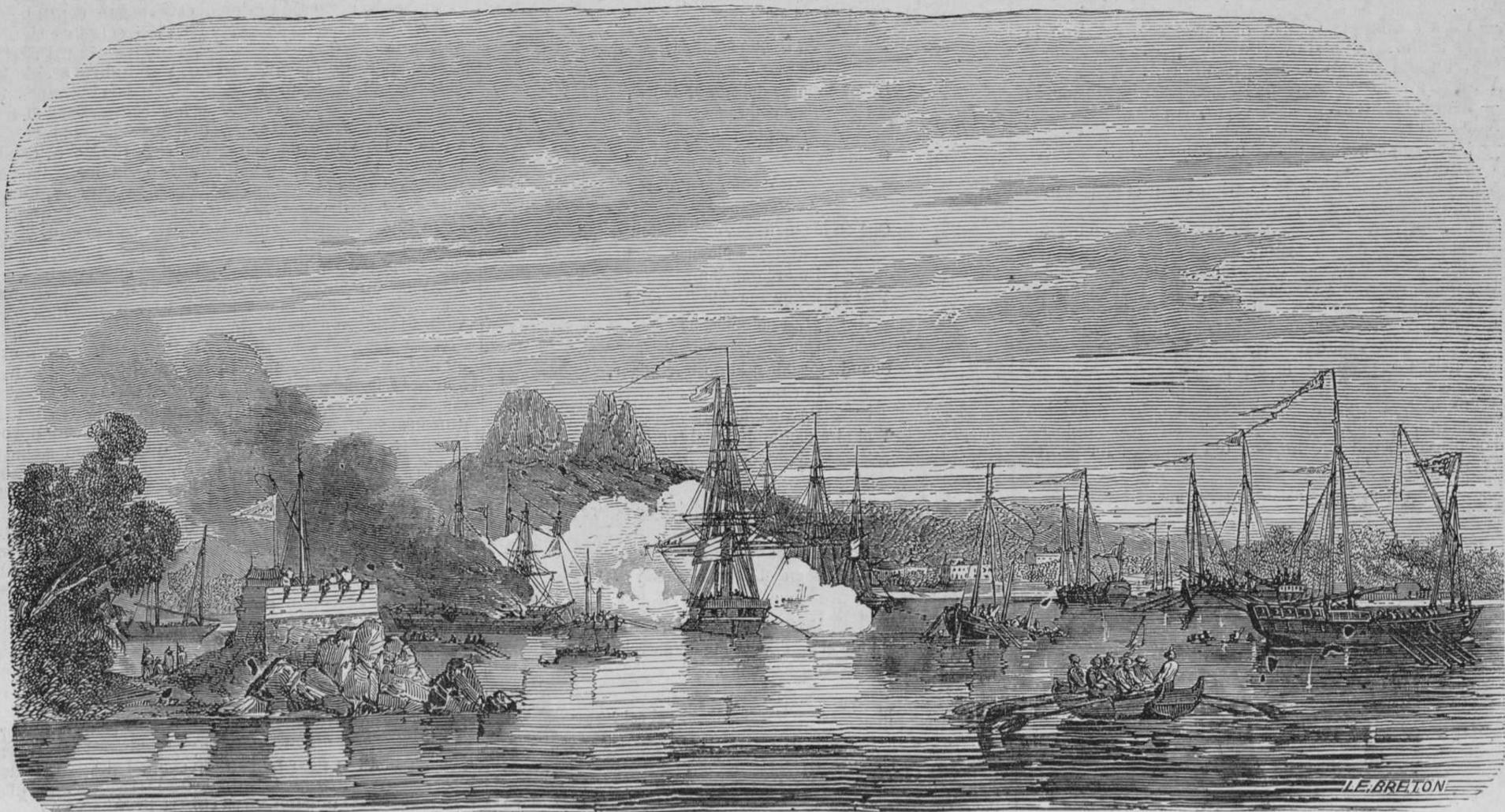
luces, y la marcha continuó en alternativas de luz y de sombra que producían efectos maravillosos.

En la procesion habia particularidades muy dignas de ser señaladas; verbigracia, doce niños preciosos vestidos de apóstoles y con los instrumentos de la Pasión, rodeaban otro niño de una hermosura poética y encantadora que representaba á Jesus; mas allá un obispo de ocho ó diez años distribuía sus bendiciones con una seriedad imperturbable.

A. DE P.

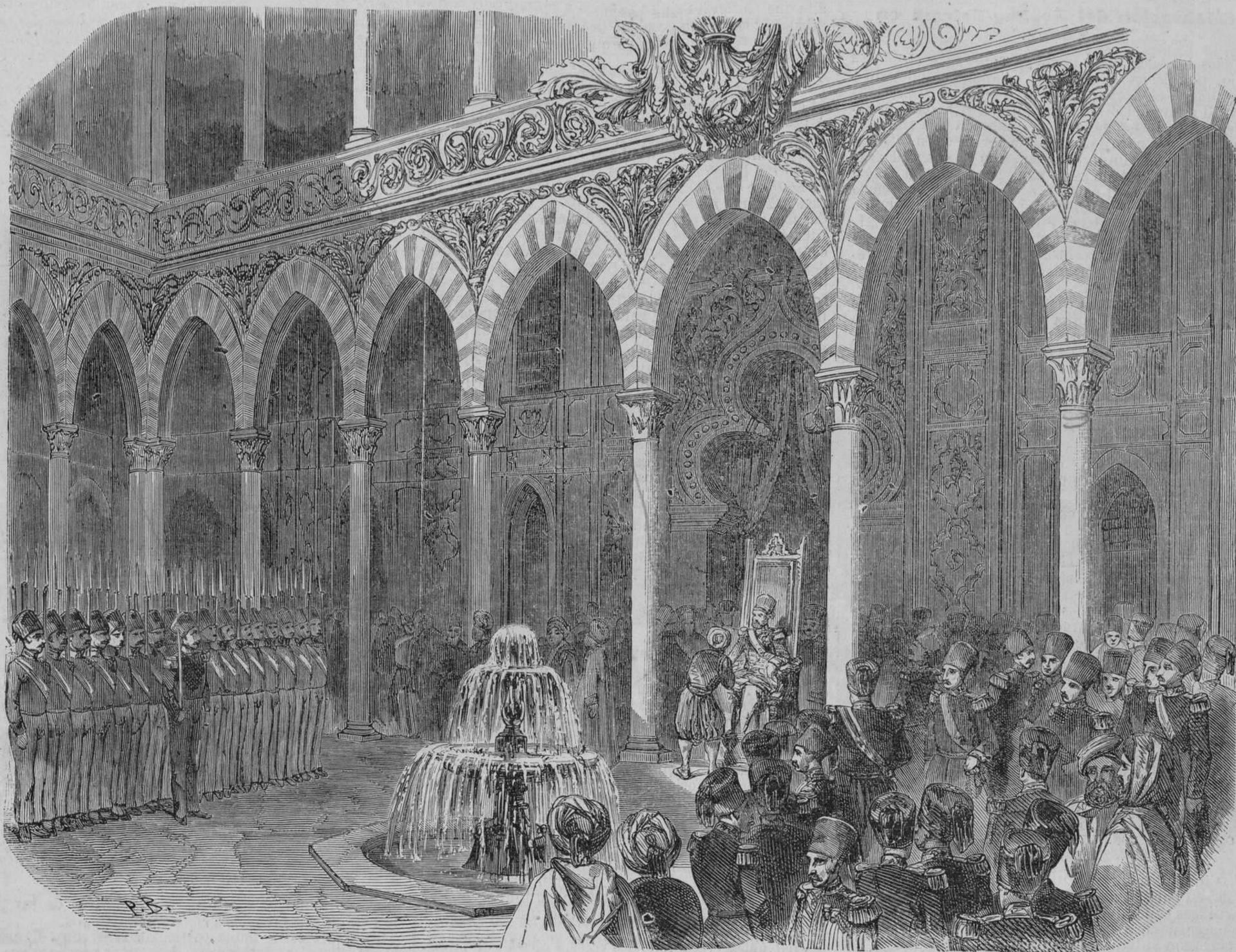
ron en que no podía darse un efecto mas extraordinario.

La ceremonia de la retractacion, objeto principal de la fundacion de Luis VIII, se hizo al pié de la cruz que se eleva delante del pórtico de la catedral por el arzobispo rodeado de los dignatarios de la cofradía. Cuarenta mil personas cubrian la plaza y la plata-forma. Las ventanas ogivas del palacio de los papas, los tejados y los balcones de las casas mas modernas que parecen estar arrodilladas entre ese coloso de piedra, la cumbre



EXPEDICION FRANCO-ESPAÑOLA DE COCHINCHINA. — BUQUES DE LA EXPEDICION ECHANDO A PIQUE LAS EMBARCACIONES COCHINCHINAS EN LA RADA DE TURANA.

LE BRETON



CELEBRACION DEL KORBAN-BEIRAM EN EL PALACIO DEL BEY DE TUNEZ



HABITACIONES MODERNAS. — CASA TURCA CONSTRUIDA EN PARIS POR M. A. DE BEAUMONT.

Celebración del Korban-Beiram en Tunes.

Todos los años tiene lugar en Tunes, por el mes de Julio, una de las mas grandes solemnidades del culto musulmán, el Korban-Beiram, ó fiesta de los sacrificios. El autor del dibujo que publicamos hace la siguiente descripción de la fiesta celebrada este año:

«Desde las cuatro de la mañana del día de la celebración, una muchedumbre inmensa de moros y de árabes que había acudido de la montaña, esperaba al bey en el gran patio del palacio del Bardoh, su residencia de invierno, que se encuentra á una hora del camino de Tunes donde se celebra esta fiesta. Nada mas original ni pintoresco que esa mezcolanza de trajes orientales. Todos los cheiks de aldea estaban colocados á la derecha del trono; y en primera línea figuraban los generales y los ministros.

A las cinco salió de su palacio el bey acompañado de los miembros de su familia y de sus principales oficiales. En aquel momento se oyeron salvos de artillería, y la música tan original de este país hizo oír tocatas en armonía con la ceremonia religiosa. El jefe de los chaus, ugieres del palacio, anunció á la muchedumbre que había llegado la hora de los sacrificios, y que el bey, despues de la oración, asistiría á este acto importante. Detrás del bey entraron los sacerdotes.

En ese día cada familia de creyentes debe á Dios la ofrenda de un carnero; por eso la víspera árabes y moros atravesaban las calles de Tunes llevando á hombros su víctima.

En cuanto se terminó en la mezquita la ceremonia, el bey hizo su entrada en el patio del palacio, y tomó asiento en un trono construido con los huesos de un pez gigantesco pescado en la costa en una época ya muy remota; entonces principió el besamanos, ceremonia que se ve representada en el adjunto dibujo.

El besamanos duró mas de una hora. El bey se retiró seguido de los sacerdotes y de sus oficiales, con quienes fué á tomar café. El jefe de los chaus dió gracias en nombre del bey á la muchedumbre porque había asistido á esa fiesta, lo que era para el bey una señal de adhesión á su persona.

Un poco despues el bey se metió en su coche de gala con tiro de doce mulas, y se fué á su residencia de verano de Massa, situada al pié de la antigua Cartago.»

A. C.

Habitaciones modernas.

CASA TURCA CONSTRUIDA EN PARIS POR M. A. DE BEAUMONT.

Las inmensas obras de utilidad pública que se llevan á cabo en París, á las que se deben los boulevares y las magníficas calles que tanto se admiran en el día, suelen hacer desaparecer construcciones pintorescas que no todas son antiguas, pues preciso es hacer justicia al arte moderno. Acabamos de saber que una expropiación muy imprevista, pues no es de la ciudad sino que procede de las necesidades de la guerra, hará caer bajo el implacable nivel de la regularidad administrativa, una habitación apenas concluida y sumamente pintoresca. Dos artistas, aficionados á todo lo oriental y creyéndose al abrigo de las demoliciones en la esquina de una plazuela de boulevares, habían construido allí su nido; y empleo esta palabra porque no sabría hallar otra expresión que diera una idea mas justa de esa casa de estilo turco, toda ella adornada de enredaderas, y que se parece á esos refugios en que se abrigaban los pájaros. En esa casa MM. A. de Beaumont y E. Collinot publican una obra con láminas, interesantísima para el arte y la industria.

Hemos querido dar una vista de esa morada artística, antes de que desaparezca, lo que tendrá lugar uno de estos días.

P. P.

Dominación española en Italia.

DISCURSO LEIDO ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EN LA RECEPCION PÚBLICA DE DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, EL DÍA 20 DE MAYO DE 1860.

(Continuación.)

Felipe II, que con solo heredar la sagacidad política de su padre fué tambien grande, lo propio que los otros dos Felipes austriacos, y el triste segundo Carlos de aquella rama extinta, con menos fortuna que el emperador y menos medios, tuvieron el mismo propósito que él en su política; y Luis Cabrera de Córdoba lo comprendió bien sin duda cuando llamaba á la España en su *Historia* «la corona defensora de la Iglesia.»

Para serlo aportaron á las costas de Italia las españolas banderas; y puestas allí delante de la silla apostólica, ahuyentaron realmente del hogar del catolicismo amenazado todos sus enemigos á un tiempo. Desde este punto de vista hallan fácil explicación todos los hechos de nuestros monarcas y todas las circunstancias de nuestro dominio. La primera obligación que tal propósito nos impuso fué detener la marcha de los germanos sobre Roma, y los detuvo el duque de Alba en las riberas del Albi á la vista de Carlos V, y sepultar en los abismos el carro y el caballo y caballero con que amenazaba la fortuna osmánica al catolicismo, lo cual ejecutó don Juan de Austria en aquella ocasión, la mas

alta que vieron los siglos pasados y presentes, ni esperaban ver los venideros, donde se desengañó la cristianidad del error en que estaba de que eran por mar invencibles los turcos.

Ni faltaron á su patria en la defensa de esta política providencial las hazañas y las naves del *grande Osuna*, ni cuando vino á tentar el Calvinismo los pasos de los Alpes dejó de cerrárselos el buen conde de Fuentes, manteniendo aquella lucha y rivalidad con Enrique IV, que asombró á los historiadores extranjeros, y levantando en las avenidas de los valles suizos el fuerte de su nombre que dió pretexto á tantas oposiciones futuras. A España se debió tambien que la pérdida de Rodas no arrastrase consigo la de aquella comunidad militar de San Juan de Jerusalem, que era la avanzada constante del cristianismo decadente en el Mediterráneo desde el fin de las cruzadas, porque en una roca dependiente de la corona de Sicilia, sin nombre apenas ni importancia alguna hasta entonces, levantó para aquellos últimos paladines el baluarte glorioso de Malta que, inútil ya, hemos visto desaparecer cuando iba á despuntar este siglo.

Y no se contentaron nuestros reyes con la cesión generosa del territorio, sino que ellos además lo defendieron y lo conservaron á la Italia y al cristianismo con altas hazañas, presentes sin duda en la memoria de todos. Es de notar por último, en este punto, que mientras renunciaba España á recobrar sus límites romanos y godos en las cercanas cumbres del pequeño Atlas, y abandonaba sus intereses permanentes en el estrecho, buscó incesantemente resguardo á los promontorios de Italia en la costa tambien vecina del Africa, derramando con varia fortuna rios de sangre generosa en las costas de Argel y de Trípoli, y mas que en parte alguna en las playas de aquella Cartago, siempre frontera de las bocas del Tiber y siempre enemiga de Roma.

II.

Pero á esta primera obligación de nuestra política seguía otra de no menor consecuencia, y mas perjudicial á nuestra fama en los tiempos modernos. No hubo medio de respetar la independencia de Italia, incompatible con la uniformidad, con el silencio, con el reposo que aquella ciudadela del catolicismo en tiempos tan peligrosos necesitaba. Y como hace medio siglo que la independencia es el ensueño comun de las imaginaciones italianas, la memoria de lo que España hizo para destruirla tardará sin duda en borrarse de aquellos naturales, ahora como nunca con tal idea entusiasmados. Mas juzgando imparcialmente, nadie puede disputar dos cosas á España: la primera, que cuanto hizo fué una consecuencia inevitable de su política, ó mas bien de su destino; la segunda, que no mostraron jamás nuestros reyes en su dominio, aquí y allá en su influjo, que el sentimiento de la ambición dirigiese únicamente sus pasos.

«Habiéndose recobrado dos veces,» dice á este propósito un historiador político de principios del siglo XVII, inédito, aunque de los mas discretos de nuestra literatura, «y con inmenso gasto de españoles el duque de Milan, que los franceses tenían ocupado ambas, fué en él restituido Francisco Sforza; y hallándose las casas de Saboya y Ferrara en igual trabajo, gozaron la misma restitución por entero; y procediendo de magnificencia no menor despues de aumentado en feudos imperiales, el duque de Saboya obtuvo tambien las plazas de Verceili y Asti, los Médicis á Florencia y poco despues á Siena, los Farneses á Plasencia y Parma. Por esta consideración entraron los duques de Mantua en la sucesión del Monferrato, debiendo al emperador y á su hijo la recobración de aquel estado cuando mas distaban de esperarla viéndola en poder del rey Enrique II. De aquí alcanzaron los genoveses la libertad tan deseada y la seguridad del señorío de Córcega. De este mismo celo del bien público han de conocer los príncipes la quietud del dominio temporal y espiritual, y la sustancia de hacienda de que gozan; que si bien mucho les pertenece, es larga la continuada contestura de turbaciones y necesidades que aquella santa silla ha ido experimentando hasta que el poderoso y católico brazo de los reyes de España la aseguró en la majestad, manteniéndola exenta de peligros.»

En este ligero cuadro, trazado por pincel contemporáneo, claramente se ve que no fué la ambición el móvil de nuestra política; y si bien se examinan los hechos mas censurados de los españoles, se halla tambien que no hicieron otra cosa en ellos sino cumplir inexorablemente con el deber que su posición les imponía. Dos casos recuerdo de esta naturaleza, que por mas famosos pueden servir de ejemplo: el uno la destrucción de la república florentina; el otro la actitud del rey Felipe III en las diferencias de los venecianos y el papa. Era Florencia rica, orgullosa, inteligente, patria del Dante y de Boccaccio antes de aparecer en Italia las armas españolas, cuna y hogar luego de Miguel Angel, de Guicciardini, de Maquiavelo, de Varchi, y los espíritus mas vastos é inquietos que durante el primer tercio del siglo XVI habitasen la tierra. Allí fué donde á favor de las novedades que sus instituciones republicanas consentían, proclamó en 1498 Gerónimo Savonarola la resistencia á los breves pontificios; y á punto llegó el ardor de sus predicaciones en el púlpito de San Marcos, que casi puede asegurarse que no habria nacido el protestantismo tan lejos de Roma si el nuevo apóstol hubiera hallado en Italia soldados, cosa indis-

pensable, segun le advirtió Maquiavelo, para acreditar sin milagros una nueva doctrina. Murió el monge al fin infelizmente; pero ni él era el único, ni probablemente el último de los innovadores, ni era posible que Florencia y Roma vivieran en pacífica vecindad de tal suerte. Los Médicis, de familia de papas, determinaron bien pronto destruir aquellas libertades peligrosas, y no sin vicisitudes diversas, logró Clemente VII al fin que le rindiesen á Florencia los españoles. Años despues cayó del propio modo Siena, su vecina y su hermana, y desde entonces la Toscana entera, gobernada por unos príncipes que debían al pontificado su fortuna, fué siempre, como su proximidad á Roma lo exigía, un fiel satélite de nuestra política y una hija obediente de la Iglesia. Por eso, juzgando con mas exactitud que los modernos el caso los florentinos de aquel tiempo, no á los españoles sino al papa, acusaban de su desdicha, «maldiciendo su crueldad,» segun escribe Varchi, testigo, actor é historiador á un tiempo. Mas fácil justificación tiene aun la política de España en las diferencias entre el senado veneto y el papa. El año mismo en que el concilio de Trento cerraba sus largas y trascendentales sesiones, se hacia servita y comenzaba sus estudios canónicos el célebre Fra Paolo Sarpi, que resentido de Roma y poseído del orgullo de su ciencia, estimuló al senado veneto, no ya á contradecir las pretensiones temporales, sino aun á negar las facultades espirituales de la sede apostólica. Dios sabe adónde habrían llegado entonces las cosas si las galeras del marqués de Santa Cruz en el golfo, y los tercios del gran conde de Fuentes en la frontera lombarda, no hubieran sido mas elocuentes para el senado que los libros innumerables con que inundaron los romanos teólogos al mundo. Fra Paolo fué tachado formalmente de calvinismo en Roma, y Venecia entera estuvo en entredicho con gran indiferencia por algun tiempo, en tanto que Enrique IV, recién convertido, fundaba ya esperanzas sobre aquellas discordias; en tanto que se ponían ya en tela de juicio dentro de Italia los mas graves puntos de disciplina canónica, en tanto que la autoridad misma del concilio que acababa de tranquilizar al catolicismo, iba siendo ya lastimada hondamente por la cólera insaciable del servita, que llegó á escribir con este objeto un libro de historia, solo de los protestantes alabado.

Tales semillas no seria posible explicar por qué no dieron copiosos frutos, si no se recordase la intervención armada, aunque conciliadora, de Felipe III, que entonces manifestó públicamente, segun refiere su historiador el maestro Gil Gonzalez Davila, «que no le habia dado Dios su monarquía mas que para ponerla á los piés de la Iglesia, sirviéndola y defendiéndola.» Ni este suceso ni el anterior pueden pues servir de argumento para contradecir la tesis general que defiende. Y es de observar tambien que cuando despues de Julio II volvió á sonar el grito de fuera los extranjeros por la parte allá de los Alpes, y el hijo del vencedor de San Quintin tomó las armas á pretexto de la sucesión del Monferrato, pretendiendo ya el título de *Libertador de Italia*, que ni comprendía bien á la sazón el pueblo italiano, ni habia de merecer su linaje hasta nuestros días, tenían por principal fundamento tales propósitos la alianza estrecha que le unía con el mariscal Lesdiguières, caudillo insigne de los protestantes franceses; por manera que con aquella ocasión volvieron á aparecer soldados protestantes en la península: nueva confirmación, si se necesitase, de mi juicio. No es mi intento seguramente tachar de heréticos ni al profundo, y en mi concepto honrado Savonarola, ni al docto y bullicioso Fra Paolo, porque como dijo á propósito del primero nuestro Gonzalo de Illescas, «hay que remitir esto al juicio de Dios, que sabe el secreto de todas las cosas;» pero ambos eran de naturaleza de herejes, y que por menos principios llegó Lutero á la herejía, eso tampoco es posible negarlo. Menos pretendo todavia increpar al belicoso Carlos Manuel porque contase con los protestantes para llevar á cabo su proyecto, aunque generoso, prematuro de hacerse rey de Italia; pero no es indiferente para mi objeto determinar que era la *Reforma* su primera y necesaria alianza. No seré yo, por último, quien cite con indiferencia ó desde las tristes relaciones que hacen del sitio y rendición de su patria las crónicas senesas, ni menos las páginas amargas que consagró el honrado Benito Varchi á la rendición de Florencia. Mi corazón compadece «á los jóvenes descontentos y arrepentidos de sus errores, á los viejos y pesarosos de sus locuras y discordias, á los nobles avergonzados de sus faltas ante el pueblo, al pueblo hambriento, que ni siquiera conservaba fuerzas para quejarse de la nobleza;» á todos los que sucumbieron en fin con la ciudad sojuzgada; y mi pluma no se ocupará por cierto en amenguar el aplauso que la posteridad debe siempre á los que al pié de la bandera de su patria, sin preguntarla por qué, dejan lidiando la vida. En los sucesos que acabo de recordar, no es otro mi propósito que hacer patente la relación constante que hubo en Italia entre nuestra conducta y nuestro destino.

Bien presentia esta verdad César Balbo cuando atribuía á la *Reforma* la servidumbre de su patria. Pero aquel escritor, insigne sin duda alguna, pagaba el censo común á las preocupaciones presentes cuando quejaba de que la reforma diese ocasión á que los papas se uniesen al emperador, por ser cosa esta, en su concepto, «tan contraria á las tradiciones, que sin tal excusa habria sido opuesta á la naturaleza misma del pontificado;» y de que desde entonces, «con raras excepciones, abandonara este la causa nacional, que habia hecho grandes, como papas y como prin-

cipes, á muchos de los papas anteriores.» Porque no es cierto, primero que los papas se unieran entonces con los emperadores, sino con los reyes de España, que eran los que dominaban é influían eficazmente en Italia; ni lo es tampoco que entre nuestros reyes y los papas pudiera establecerse la antigua oposicion de estos con los emperadores germánicos. Por menos cierto reputo aun que el consagrar las fuerzas de la Santa Sede á la defensa de la independencia italiana pueda ser ni haya sido nunca motivo de alabanza ó de gloria para los papas; que bien pudieran no ser italianos de nacion, y siéndolo, permanecer ajenos á tales intereses. Y sobre todo, carece de fundamento á mi juicio el aserto de que los papas abandonarían la causa de la nacion italiana en el siglo XVI, cuando precisamente entonces, y despues del breve imperio de Adriano, fué cuando se hizo el pontificado italiano: gran revolucion de mas y muy diversa importancia que se piensa en los conflictos presentes.

Lo único cierto es que la casa de Austria, que tenia en Madrid su centro, contó siempre por aliados en Italia á los papas desde Felipe II en adelante; mas no era para menos la necesidad que estos tenían de que los ayudase aquella, y la imposibilidad de separar en cuestiones secundarias los intereses confundidos en las grandes controversias de entonces. Y si se examina la historia fabulosa de la *Congiura contra Venetia*, tan bien refutada en este sitio, y á que el mismo Sarpi no daba crédito alguno; y si se observa atentamente la política del conde de Fuentes, continuada por aquel triunvirato famoso que formaron Villafranca, Bedmar y Osuna, los armamentos del primero, las intrigas del segundo, las expediciones osadas del último, se hallará tambien que la peligrosa discordia del senado con el papa es el principio de la hostilidad contante que nos mostró luego la república, y nos obligó á tener preparada la defensa y la ofensa contra ella. Fuera de estos sucesos, el mas importante que acaeció en el siglo XVII en Italia fué la guerra de la Valtelina, emprendida por los católicos oprimidos contra los hereges grisonos, que ayudados por los luteranos holandeses con dinero y soldados amenazaban á la Italia desde los Alpes; y aun esta debe considerarse como prohibida al fin por España, «no por mera ostentacion de su grandeza, mas para manifestar su mucha fe,» si ha de creerse á Gonzalo de Céspedes, contemporáneo historiador de Felipe IV.

Y no fué solo la fuerza ciega de las armas y de los hechos políticos lo que dió en ayuda España á los pontífices por aquel tiempo. De ella partió tambien la iniciativa, y ella organizó casi todos los medios intelectuales y morales que se emplearon en la resistencia contra la reforma. No se comprende por lo mismo cómo el docto Leopoldo Ranke, que reconoce todos los hechos en que mi tesis se funda; que en su *Historia de los Osmanlis* y de la *Monarquía española* declara sin rebozo que «el día de la defeccion general solo los españoles permanecieron fieles á la religion católica y á la corte de Roma;» y en otra parte señala con su sagacidad ordinaria en las sombrías meditaciones de Felipe II la constante preocupación de que él era la columna providencial de la Iglesia; que no tiene reparo en afirmar en la *Historia de los Papas* que en tiempo de los Carlovíngios fué providencial la alianza de los papas con los francos, por ser estos los únicos capaces de defenderlos de los sarracenos, los lombardos y los griegos, sus enemigos espirituales ó temporales entonces, pueda considerar sin embargo como un suceso comun el establecimiento de España en Italia, explicando por intereses secundarios todos sus hechos.

Mayores y mas fundamentales peligros corría á mi juicio el pontificado en el primer tercio del siglo XVI que cuando Carlo Margo lo amparó con su espada, porque el dominio temporal, lo mismo en una que en otra época, podía disputarse; pero su influjo moral, su representación, sus dogmas jamás habían corrido ni corrían riesgo tan grande como desde la Dieta de Worms á la paz de Westphalia. Y si esto parece indudable, no lo es menos seguramente que ningun poder de cuantos han defendido en diversos tiempos á los papas ha desempeñado su mision con el desinterés, la constancia, la reverencia, la humildad misma que España. ¿Será posible que las pruebas de estos asertos se oculten á la penetracion de nadie que estudie con un tanto de imparcialidad la materia? No lo creo; ni temo que la vanidad nacional extravie ahora mi juicio, porque sé que los enemigos de la Iglesia católica han rendido tributo á esta verdad al hacernos blanco de todos sus odios, y al dedicar sus mas prolongados y laboriosos esfuerzos á censurar la supersticion, la crueldad, la persistencia, la intolerancia de la política española desde el siglo XVI en adelante.

Buena ó mala aquella política, que ahí cabe discordia, la tesis que sustento era evidente para ellos; y á decir la verdad entera, tanto esfuerzo de imaginacion costaría concebir la ausencia de Italia de los españoles en el siglo XVI, como la desaparicion del pontificado hace tres siglos. Pero si es preciso traer á cuento las pruebas morales despues de fijados los hechos, ellas se amontonan desde luego en la memoria. Todo el mundo sabe que el concilio que pudo llamarse de Mantua, de Vicenza, de Boloña ó de Trento, que fué donde al cabo realizó su obra, si se reunió fué á «instancia del emperador y rey, despues de muchas y grandes dificultades,» segun declaró en la real cédula de su promulgacion Felipe II; y que, bien se celebrase contra la voluntad declarada de los papas, como pretende Sarpi, bien sin otro tropiezo que la indiferencia de algunos de ellos, que es lo menos que se deduce de la relacion

de Pallavicini y de la correspondencia diplomática sostenida por nuestros reyes respecto del Concilio, lo cierto es que á España corresponde la parte principal en aquella importantísima declaracion de doctrina, el mas poderoso esfuerzo moral que hizo el catolicismo en su propia defensa. Los mismos padres, al cerrar sus sesiones, aclamaron en primer término y bendijeron la memoria del emperador Carlos V «como promovedor del concilio.» Consta tambien que entre las condiciones con que puso en libertad á Clemente VII el emperador, era una que se celebraria el concilio, prueba grande, entre otras, del género de interés que en su reunion ponía España; y cuando en lo mejor de sus tareas se suspendieron bruscamente sus sesiones, es conocida por demás la protesta que contra esta resolucion publicaron los doce obispos españoles presentes.

Fué España además la que, venciendo á mucha costa merecidas repugnancias y aun resistencias sangrientas, organizó eficazmente al rededor de la silla apostólica, así en Italia como en España, aquella terrible institucion del santo oficio, odiosa, pero tal vez indispensable si por entonces habia de conservarse pura en alguna parte la doctrina católica: en España tambien recogió la Roma clásica de Paulo III campeones que ocupasen el lugar de sus humanistas y sus poetas, y fueran capaces de defender su causa ante los hábiles polemistas de la reforma, tales como Alfonso Salmeron y Diego Lainez, teólogos de aquel papa y de su sucesor Julio III en Trento; Domingo de Soto, Bartolomé Carranza y Melchor Cano, que fueron allí de parte del emperador, y otros muchos de no menos doctrina y nombradía: de España recibió la Santa Sede, para reemplazar la hueste innumerable de sacerdotes profanos que la servían y la desacreditaban á un tiempo, aquel instituto conventual prudente, docto y perseverante que con el nombre de *Compañía de Jesus* ha logrado que todas sus cosas sean objeto de duda, menos una evidente, y es que fué el baluarte mas firme que levantó la Iglesia contra sus adversarios: España, en fin, veló por la pronta eleccion de los papas, sobre todo en el largo cónclave de 1559, cuando era tan necesaria como difícil, y reformó hasta las costumbres de los seglares y las formas exteriores del catolicismo romano, sustituyendo en las provincias que gobernaba las magníficas reminiscencias gentílicas de los altares y del culto italiano con la sombría y devota liturgia de los pobres, pero venerandos santuarios de las montañas de Aragon y de Asturias.

Cumplimos pues en Italia lealmente con nuestro destino. Y bien pudo repetir el jesuita Florencia á la cabeza del moribundo Felipe III aquellas palabras que alegraron los últimos instantes del rey devoto: «Vos, señor, socorristeis la fe amenazada en Alemania con vuestras armas y tesoros: vos, ya deslizada en Italia, la detuvisteis, arrojando vuestras armas á la Iglesia.» Aquel rey, como todos los de su dinastia, hizo bastante para ser llamado por antonomasia el *Católico*. Y bien puede decirse, al contemplar finalmente estas cosas, que fué hora solemne para la monarquía española aquella en que saltando de las islas al continente, fijó sus blasones en Italia. En ella, abandonando por mas de tres siglos á la media luna las montañas que se divisan desde nuestras montañas, fuimos á cerrarle las bocas pantanosas del Tiber, y aun á disputarle las clásicas islas del remoto archipiélago griego; en ella pusimos la reconquista de la España trasfretana á la posesion de territorios florecientes, pero que no habian de obedecer siempre nuestro cetro, porque eran para nosotros ingobernables é indefendibles; en ella recogimos el guante que en las llanuras de Italia habian arrojado los paladines franceses, y aceptamos aquel duelo de nacion á nacion, que duró siglo y medio con tan varia fortuna: duelo en que herimos hondamente á nuestros adversarios desde Cerinola hasta Honnecourt en cien ocasiones gloriosas para caer al fin desfallecidos, antes que no rotos, en los campos sangrientos de Rocroi y de las Dunas.

¿Quién puede decir hoy lo que habrian producido entonces tantos colosales esfuerzos empleados en Africa, si vuelta la espalda al Pirineo y las costas de Levante hubiéramos dedicado todo nuestro ardor, todas nuestras fuerzas, toda nuestra voluntad virgen y poderosa á trasladar al Atlas nuestra frontera? Pero ¿quién osará tambien asegurar que los Reyes Católicos faltasen á lo que la Providencia debía esperar de su grandeza y de su fortuna equivocando torpemente su mision sobre la tierra? ¡Ah! señores, la historia que juzga y debe juzgar de las acciones individuales; la historia, que reconoce en ellas el libre albedrío y la consiguiente responsabilidad que su posesion impone á los hombres, no niega ni puede negar esas leyes generales en el espacio y providenciales en el tiempo, que se desenvuelven á su vista y rigen al género humano en su conducta y en sus destinos. Al modo que los planetas ruedan independientes sobre sus ejes, y giran al propio tiempo en torno del sol, las voluntades humanas, libres en sí mismas, sirven en su conjunto y en su armonía á los fines providenciales que se van realizando por el mundo en los momentos sucesivos de la historia; y los Reyes Católicos, al guiar el pendon de las Navas á Italia, sirvieron al catolicismo, que sin esto habria corrido incalculables peligros, lo mismo en Trento que en los preliminares de Westphalia, y en Mulberg que en Norlinghen, ya que fué desamparado por la Francia, combatido por la Inglaterra, la Holanda, la Suecia y la mejor parte de la Alemania, azotado por el turco insaciable y por mucho tiempo irresistible; y en tanta tribulacion no se ve que tuviera mas humano apoyo que España y el imperio que gobernaba nuestra dinastia,

aunque bien pudiera decirse que el imperio mismo no tuvo en horas críticas otro apoyo que España.

Aquella hora, sí, la hora en que los Reyes Católicos decidieron intervenir en los negocios de Italia, decidió al propio tiempo y de un modo providencial de nuestra fortuna; y así como habian sido infructuosas todas las tentativas anteriores para separarnos de Italia, en vano tambien nos llamó la necesidad algunas veces al Africa fronteriza mas adelante, y en vano la América distrajo con su inmensa poblacion y conquista nuestras fuerzas, señores temporales de Italia y campeones de su supremacia espiritual y religiosa; eso fuimos, y eso quisimos ser solamente en los dias de nuestra grandeza; á eso encaminamos nuestra política: de empeño tan desigual provino esencialmente nuestra decadencia; con tales pretensiones y tales principios está agonizando á nuestros ojos extraviada y decrepita, pero respetable y honrada aun, la España antigua.

Paréceme, sin embargo, que al recordar ciertos hechos no faltará quien levante contra la exclusion sus objeciones. Pues qué, se dirá, la infantería española en el saco de Roma, el duque de Alba en la brecha de Ostia, los gobernadores de Milan, los vireyes de Nápoles y los mismos monarcas españoles, aun los mas devotos, ¿no obraron en ocasiones como adversarios de los pontífices? No puedo negarlo, ni es necesario, por cierto. Porque ¿quién me negará á mí, en cambio, que los papas defendiesen y quisieran defender al catolicismo?

Y sin embargo, en 1526, cuando se veía mas empeñado en aquella propia defensa Carlos V, cuando precisamente acababa de dar contra los luteranos sus mas severos edictos, poseído en mal hora Clemente VII de las pasiones de príncipe temporal, formó alianza con los enemigos del emperador, y dió lugar á que este, amenazado por una guerra formidable, tuviera que transigir con los protestantes, y á que estos aprovecharen la ocasion para enviar en ayuda del emperador los soldados que se señalaron impiamente, como era natural, en el saco de Roma. Ranke sospechaba que Clemente llegó en una de aquellas ligas promovidas por Francisco I, en que solian figurar, como es sabido, los protestantes y los turcos, hasta á aprobar cierto plan de campaña que deshaciendo las fuerzas de Carlos V en Alemania, habia de asegurar en ella necesariamente el triunfo completo del luteranismo, y se funda en no despreciables documentos é indicios. Aunque no se dé valor á esta sospecha, grave siempre por la autoridad de que procede, lo que no tiene duda, porque consta en nuestra historia, y ni el obispo Sandoval se atreve abiertamente á contradecirlo, es que la mala voluntad del papa, antes que las armas enemigas, forzó al fin al emperador á ajustar aquellos conciertos y treguas que abandonaron á la heregía mucha parte de las provincias setentrionales de Europa.

No eran mas favorables para la Iglesia las circunstancias en que el nepotismo vergonzoso de Paulo IV y su increíble aversion á los españoles provocaron una liga general contra la casa de Austria, y la guerra de 1557, que tan tristes resultados pudo traer de nuevo á la misma Roma. Si el protestantismo echó semillas duraderas en los Países-Bajos; si llegó á hacerse superior en Alemania á los emperadores; si no fué desarraigado de Inglaterra, en buena parte al menos se debe á aquellas disidencias infelices de las cortes de Roma y España. Y gracias que nunca, ni en los mas amargos de estos trances, renegó España de sus principios. Porque cuando el insigne Melchor Cano declaró que era lícita la guerra al papa, no dejó de advertir al propio tiempo que en tesis general «no parecia consejo de prudentes comen-» zaron nuestra nacion alborotos contra nuestro superior (el papa), por mas compuestos y ordenados que los comenzásemos, y que tampoco era bien que los que los habian hecho, y á la sazón los hacían en la Iglesia, se favorecieran con nuestro ejemplo, porque con los hereges, en su concepto, no debiamos de venir en dichos ni hechos, ni en las apariencias si-» quiera.»

Y cuando el gran duque de Alba descendió vencedor de las colinas albanas al *Agro romano* en cumplimiento de las resoluciones del rey, humildemente escribió al papa «que por el acatamiento y reverencia que sabia» que tenían los reyes de España á la santa sede postre-» ramente le suplicaba é importunaba, echándose á sus pies, que como buen pastor se contentara con dejar» aparte el odio y pensamiento que tenia de ofender á» SS. MM. y sus reinos y estados, y fuese servido de» abrazar y recibir con caridad y paterno amor á la» majestad del rey, su señor, el cual, siguiendo las pi-» sadas de su padre, habia siempre ofrecido y de nuevo» ofrecia su propia persona y todas sus fuerzas en ser-» vicio de la santa sede.» Las paces se ajustaron bien pronto, y ni España ni el de Alba alcanzaron otro galardón por su triunfo que la licencia que este pidió de besar los pies al papa con todos los capitanes de su ejército; ocasion, al decir del valeroso caudillo, en que experimentó mas temor y confusiones que en ninguna de tantas batallas y riesgos como habia corrido por su persona.

Poco despues el grave Antonio de Herrera se propuso demostrar en su *Informacion y relacion de lo que pasó en Milan en las competencias entre las jurisdicciones eclesiástica y seglar desde el año de 1595 hasta el de 1598*, que tales disgustos eran promovidos solo por miserables cuestiones de etiqueta, ó bien por injustas pretensiones, como aquella de ser libre el clero en hacer sementeras de arroz, que por dañosas á la salud tenían limitadas las leyes civiles, ó bien por intrusiones de los tribunales eclesiásticos en los pleitos y causas del fuero



CULTIVO Y RECOLECCION DEL MIMBRE EN LAS MARGENES DEL RÓDANO; CABAÑAS DE LOS TRABAJADORES.

ordinario, apresurándose á declarar en la primera página de su libro, con el objeto de prevenir otras interpretaciones, «que de ninguna cosa habia tenido mayor cuidado la majestad del rey Don Felipe el Prudente,» en cuyo tiempo sobrevinieron aquellos disturbios, que » de la religion católica y de la honra de la santa sede » apostólica.»

Menos respetuoso que el cronista español Pedro Giannone, al referir el estado de las cosas eclesiásticas en Nápoles y Sicilia, se queja de que ni Fernando el Católico ni sus sucesores se cuidasen de contener los injustos progresos que en su concepto lograban los eclesiásticos, extendiendo su jurisdiccion y ampliando sus tribunales, y de que no se opusieran á las excesivas adquisiciones que, no tanto las iglesias como los monasterios, hacian de bienes temporales por aquel tiempo. Atribuia el Giannone á flaqueza de nuestros reyes la paciencia con que sufrían los abusos eclesiásticos, no con mas razon que algunos historiadores modernos censuran la humildad del duque de Alba y del rey Felipe en las paces con Paulo IV, teniéndola por vileza ó cobardía. La verdad es que si los que pretenden hallar contradicciones olvidan en ella la condicion natural de todas las cosas humanas, al juzar de esta otra suerte se ignora ó se aparenta ignorar lo que constituia á la sazón la política española.

Ello es que hostigada unas veces por las pretensiones de los ministros eclesiásticos, que extraviados por los intereses inmediatos y temporales, y si bien con sus triunfos pretendian emplearlos contra los mismos á quienes los debían, y apurada otras por las consecuencias exageradas y tal vez inevitables de sus propias doctrinas, España tuvo al fin que resistir en ocasiones, ora con las armas, ora por medio de los libros de sus regalistas y de las artes de sus diplomáticos; pero bien pronto la fuerza de los principios que sostenia, los ejemplos que necesitaba ofrecer á la cristiandad, sus intereses en Italia, unidos ya indisolublemente á la suerte del pontificado, la obligaban á ceder y continuar con mas ó menos satisfaccion el propio sistema de

conducta. Ni faltaron impaciencias ni claros deseos en ocasiones de oponer á las humanas debilidades y errores que tal vez reinaban en la corte romana mayor y mas eficaz resistencia; pero al fin la corriente de nuestra política arrollaba tales propósitos, y España no solo era consecuente, sino que hacia siempre á sus principios el sacrificio penoso de las pasiones, del derecho y de la razon misma. (Se concluirá.)

La corta de mimbres en las islas del Ródano.

Cuando llega la primavera y la savia se extiende por todas las ramas de los árboles, la corteza se ablanda, y

tres: una de estas tres corta con una podadera las ramitas adherentes al tallo principal; otra coge esta vara con unas tenacillas de hierro que desgarran la corteza, y la última, sin emplear mas que los dedos, arranca enteramente la corteza abierta ya por las tenacillas. Las varas blancas se ponen entonces al sol para que se sequen, y luego se trasladan á los almacenes de los individuos que hacen comercio de mimbres con los cesteros. La metrópoli de este comercio es la aldea de Vallabregues, situada en la orilla izquierda del rio, á dos leguas de Tarascon. En el mes de setiembre se hace otra corta, la de las varas, que deben quedar con su corteza, y que sirven para los cestos mas ordinarios, como los que se emplean en las vendimias. Tambien se gastan varillas de mimbre para ligar los aros de los toneles.

Los cestillos elegantes no se fabrican en el Mediodia; se esparcen en el comercio por traficantes de feria que llegan por el lado de la Picardía ó de la Lorena, y sin duda se hacen con la varilla de otra especie de sauce que la que cubre las islas del Ródano. Los salix monandra, riparia, viminalis y otros que crecen abundantemente á la orilla de las aguas cristalinas ó de los torrentes de las comarcas montañosas y del Norte, tienen varillas muy finas y muy propias por consiguiente para las obras delicadas de la cestería. Además los cesteros saben dividir estas varillas en cintitas aplastadas. Las ramas de sauce, transformadas en carbon, constituyen los lápices que se emplean en los bosquejos. Por último, el carbon de sauce sirve para la pólvora de cañon y para los fuegos artificiales.

No añadiremos otros pormenores que nos parecen desprovistos de interés; ni tampoco trataremos de descri-

bir el grandioso aspecto de las márgenes del Ródano, los horizontes lejanos del rio donde aparecen las torres de Arles, las pintorescas cabañas de los que cortan el mimbre y de los pescadores, los grupos que forman las bonitas provenzales, todo lo que componia en la naturaleza los hermosos cuadros que admiráramos hace pocos dias. Dejaremos á nuestro lapicero la difícil tarea de dar una idea de estos cuadros. J. B. L.



PREPARACION DEL MIMBRE EN LAS ISLAS DE RÓDANO.

entonces el arrancarla es fácil tarea. Por ese tiempo acuden cuadrillas de aldeanos á establecerse en las islas llanas del Ródano inferior en medio de los mimbrerales, abrigándose por la noche en las rústicas cabañas que se ven representadas en nuestro dibujo.

Los hombres cortan los mimbres que crecen muy juntos en la superficie de las islas, y los llevan atados á las mujeres instaladas al aire libre por grupos de